

August 2008

Disparo en Red [No. 48 (August 4, 2008)]

Disparo En Red

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.usf.edu/disparo_en_red

Recommended Citation

Disparo En Red, "Disparo en Red [No. 48 (August 4, 2008)]" (2008). *Disparo en Red (Cuban science fiction magazine)*. 47.

https://digitalcommons.usf.edu/disparo_en_red/47

This Text is brought to you for free and open access by the Science Fiction at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Disparo en Red (Cuban science fiction magazine) by an authorized administrator of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

HOY: 4 de AGOSTO del 2008



Disparo en Red

#48

agosto 2008

DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-
ficción y fantasía.

De frecuencia mensual y totalmente gratis.

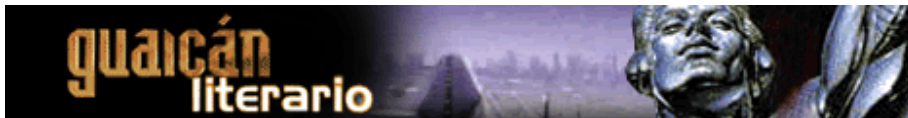
disparoenred@centro-onelio.cult.cu

Para descargar disparos anteriores:

<http://www.esquina13.co.nr>

<http://www.cubaunderground.com>

El sitio web del Fantástico Cubano



<http://www.cubaliteraria.cu/guaican/index.html>



Editores:



Darthmota.



Jartower.

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de
ciencia ficción y fantasía.

espiral@centro-onelio.cult.cu ,
espiralgrupo@yahoo.es

Anabel Enríquez	István Bent
Vera in havana	Coghan
Leonardo Gala	Raúl Aguiar

Portada: Muerte de Boromir.

Universo: Señor de los anillos.

0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: Dan Simmons.
2. Artículo: Asimov y las Leyes de la Robótica, o la conciencia cibernética, Ricardo Potts.
3. Cuento Clásico: El Puente del Troll, Terry Pratchet.
4. Cuento made in Cuba: Cibersex, Javier Rabeiro Fragela.
5. Cuento made in Cuba II: Prologo: El niño inapropiado, Yoss.
6. Entrevista: Sergio Gaut vel Hartman.
7. ¿Cómo contactarnos?

1. LA FRASE DE HOY:

Mientras estás cantando, oh, Musa, canta también la cólera de esos seres pensativos sintientes, serios pero no del todo humanos que soñaban bajo los hielos de Europa, morían en la ceniza sulfurosa de Io y nacían en los fríos pliegues de Ganímedes.

Ilión.

Dan simmons.

AL INDICE

ARTICULO: Asimov y las Leyes de la Robótica, o la conciencia cibernética.

Por Ricardo Potts.

Tomado de <http://www.sld.cu/sitios/bibliodigital>

Durante las primeras décadas del siglo XX, los robots de los inicios de la narrativa de CF eran presentados a menudo como monstruos amenazadores, que intentaban escapar al control de sus inventores para lanzarse a una orgía de muerte y destrucción. Pero a medida que la sociedad se fue acostumbrando a la presencia de los mecanismos automáticos en la vida cotidiana, los robots comenzaron a ser tratados con más tolerancia. El cambio fue reflejado en la literatura principalmente en la obra del desaparecido escritor norteamericano Isaac Asimov, inventor de dos importantes jalones en la historia de la CF: El cerebro positónico y las Tres Leyes de la Robótica. El primero condujo a la creación literaria de robots humanoides, descartando la noción de monstruosidad. Las segundas sentaron los “principios éticos” del robot, que le hacen imposible rebelarse o causar daño a los seres humanos. Ambas invenciones han tenido gran éxito no sólo entre el público, sino también entre los escritores del género, que las han utilizado en sus narraciones dándoles “carácter oficial” en el mundo de la CF. Asimov personifica también una característica bastante extendida entre los escritores contemporáneos de esta narrativa, pues era un científico “de verdad”, con un doctorado en Bioquímica y un empleo en la Universidad de Boston, que mantuvo durante mucho tiempo antes de dedicarse totalmente a la literatura. Una obra prolífica y variada. Para quienes solamente lo conocen por la CF, debe agregarse que Asimov logró escribir más de 300 libros, de los cuales unos 180 son obra de divulgación sobre temas tan diversos como geografía, astronomía, mitología, literatura y biografía. Entre ellas figuran una historia de las religiones, un voluminoso ensayo sobre Shakespeare, un diccionario biográfico de sabios y científicos desde la antigüedad hasta nuestros días, y dos obras sobre la posibilidad de vida extraterrestre y el contacto con otras civilizaciones.

Los más de cien libros restantes son de CF, entre ellos una cincuentena de antologías y recopilaciones de otros autores, comentadas por Asimov. Los demás, escritos totalmente

por Asimov, incluyen más de 20 libros de cuentos y otras tantas novelas. Los lectores estarán de acuerdo en que, de toda su prolífica obra, estos son los que le han ganado mayor popularidad.

El propio Asimov afirmó que muchas de sus ideas las obtuvo a partir de logros científicos reales, sobre los cuales operaba su imaginación. Así surgieron los temas de los robots y las computadoras, cuando aún eran algo desconocido para la mayor parte de la humanidad, con el cuento “La Última pregunta” y la novela satírica “El Sentido del Poder.” De Karel Kapek a “Yo Robot.” Dos temas han sido los más famosos entre las narraciones de Asimov: La saga de la Fundación y los robots. En este último aspecto, las dos primeras, “Yo Robot” y “El descanso de los robots” fueron seguidas por “Las Cavernas de Acero” y “El Sol Desnudo”, en las cuales también se anotó otro tanto estelar, como su propia contribución a ese delicioso híbrido que es la Ciencia-Ficción policíaca, mezclando con singular maestría elementos y recursos de ambos géneros literarios, con un Sherlock Holmes del futuro – pipa incluida- asistido esta vez por un Watson cibernético. No obstante, algunos historiadores de la CF afirman que el concepto del robot humanoide no fue inventado por Asimov, pues desde las primeras décadas del siglo XX, alrededor de 1925, el dramaturgo checo Karel Kapek estrenó en Praga su obra “Robots Universales Rossum”, que también terminaba con la rebelión de los androides contra su creador. A Kapek se le adjudica también la creación de la palabra “robot”, del checo “rabotchki”, que significa “trabajador.” El dato es verdadero, pero lo cierto es que Kapek abandonó su idea original y quedó para Asimov desarrollarla y perfeccionarla, hasta que no sólo enunció las Leyes de la Robótica, sino que también inventó la “robotpsicología”, personificada en la doctora Susan Calvin, esa especialista de la mítica corporación US Robots que prefería la compañía de los robots a la de los seres humanos. La voz de la conciencia cibernética.

En realidad, las leyes de la robótica no sólo definieron el código de ética robótico, sino que además le hicieron en algunos sentidos mejor que sus creadores. Véanse las palabras de Susan Calvin en una de las primeras narraciones sobre el tema, “Evidencia”, cuando afirma: “Es difícil distinguir por sus actos a un robot del más decente y honesto ser humano, si lo hubiera.”

Otra característica interesante de las leyes robóticas es que son de obligatorio cumplimiento, so pena de la destrucción del cerebro positónico, programado

irremediablemente para obedecerlas. Lo cual no puede decirse de los humanos, pues desde las tablas de Moisés hasta las leyes modernas, las personas deciden en última instancia si las acatan o no, arriesgándose a afrontar las consecuencias. El tema puede prestarse a interminables debates y el propio Asímov lo reconoció en su libro “Robots e Imperio”, cuando su inolvidable personaje cibernético R. Daneel Olivaw se plantea un dilema filosófico: ¿Debe actuar para proteger a personas individuales, si esto pone en peligro la existencia de la “persona universal”, es decir, de toda la humanidad? Para solucionarlo, el buen doctor aplicó una licencia literaria y como autor original de las tres leyes, se tomó la libertad de añadirle otra más: la “Ley Cero”, deducida por el propio Olivaw en la susodicha novela y que reza: “Un robot no puede perjudicar a la Humanidad, ni por omisión, permitir que la humanidad sufra daño.” Esa premisa está por encima de todas las demás, y sobre su base Olivaw continuó actuando “en beneficio de la humanidad y no de los individuos”, no ya durante años ni siglos, sino durante milenios. Punto y aparte de las creaciones literarias, lo cierto es que los robots industriales, las computadoras y los mecanismos automáticos de todo tipo son hoy parte inseparable del presente y el futuro de la humanidad. Su creación y desarrollo se está desplazando de las obras de los escritores a las computadoras de laboratorio y las creaciones de los ingenieros. Sin embargo, siempre queda terreno para la especulación imaginativa, y ahora que los microcircuitos, la nanotecnología y la electroóptica parecen prometer que la creación del robot humanoide puede llegar a la vuelta de algunas décadas, vuelven a tener vigencia las visiones del buen doctor en las aventuras de sus personajes cibernéticos. Mirando a la bola de cristal.

El propio Asimov, en entrevista con la periodista francesa Catherine David, expuso pocos años antes de fallecer que “llegará un día en que los robots serán capaces de ver, oír, sentir mediante el tacto, hablar, entender, y poco a poco les enseñaremos a imitar todos los gestos humanos.”

Interpelado sobre lo que para algunos es una perspectiva inquietante, respondió: “Todos estamos profundamente marcados por un prejuicio idiota, que nos hace considerar el acto de Creación como perteneciente al dominio de la Providencia, como si estuviéramos autorizados a reproducir imitaciones, pero no dotarlas de “alma”, cualquiera sea la cosa que implique esa palabra. Esa es la razón por la cual inventamos monstruos sin alma que nos

dan miedo. Nunca entendí por qué el crear una vida artificial es una blasfemia para muchos, cuando otros no han tenido jamás el menor escrúpulo en destruir la vida verdadera.” Al intentar definir la línea divisoria entre hombres y robots, Asímov respondió: “nos vemos obligados de nuevo a recurrir al concepto de “alma”. Se puede alegar que el robot tiene un comportamiento idéntico al nuestro, que tiene un aspecto inteligente... pero nosotros tenemos alma y él no. Realmente, no se puede estar muy seguro de que el robot no tenga también alma, ya que ni nosotros mismos estamos bien seguros de tenerla.” Interesantes palabras. Tal vez por eso, en la obra del doctor Asimov hay una ironía suprema que no todos han captado, al final de la tetralogía de la Fundación (Fundación y Tierra), cuando en su búsqueda obsesiva del planeta-origen de la humanidad, el protagonista Trevize –curiosamente, un político tronado por los manejos del gobierno de la Fundación- logra encontrar la mítica Tierra, y en ella, miles de años después de su creación, un superviviente del pasado: el robot R.Daneel Olivaw.

Daneel, quien fué el primero entre los robots humanoides creado por Asímov, también es el último, pues asiste a la reestructuración de un Imperio Galáctico humano que ha proscrito los robots de su tipo y sólo utiliza modelos menos perfeccionados en tareas rudimentarias. Al recibir a Trevize, Olivaw cuenta su historia – que es la misma de toda la era espacial humana-, al principio como asistente de Elija Bahley (el investigador humano de “Las Cavernas de Acero”), y explica que hubo una vez otro robot, R.Giskard Reventlov (Robots e Imperio) que tenía la facultad de influenciar en las mentes humanas. Antes de dejar de funcionar, consiguió transmitirle este poder a Olivaw y encargarle que “cuidase de la Galaxia.”

Sin embargo, el propio Daneel admite que no tuvo mucho éxito en la tarea, pues aunque distribuyó copias de sus semejantes robots por toda la galaxia, “nunca pudieron ajustar a las mentes humanas como querían, pues estas a menudo se resistían y existía la posibilidad de dañarlas, lo cual está prohibido por las Leyes de la Robótica.”

Encantador Asímov. De manera que las leyes elaboradas por el hombre, 20 mil años atrás, para protegerse de una posible rebelión de los robots, impiden a estos influir sobre la humanidad benéficamente, en busca de un cosmos más ordenado, racional y justo. Un toque de ironía suprema en este final de la serie.

Más aún, el robot admite como su mayor dilema que una vez enunciadas las leyes, incluía la Cero, ¿cómo aplicarlas acertadamente? “En teoría la Ley Cero era la solución a nuestras dudas –admite- pero en la práctica nunca podíamos decidir, pues el ser humano es un ente concreto, la humanidad es un concepto.”

Para resolver esta dificultad, Asímov inventó “Gaia”, el planeta pensante donde todas las cosas tienen conciencia – es decir, son “animados”, integrados en una especie de “mente planetaria” que busca extenderse por toda la Galaxia (si esto les recuerda a “Solaris” de Stanislaw Lem, a mí también). Anteriormente, enfrentado a la decisión de escoger entre la Galaxia-Gaia o la Galaxia-Fundación, Trevize escogió Gaia, pero ni él mismo sabía porqué. El misterio se aclara al final: Los gaianos son humanos, pero se utilizaron técnicas genéticas para inculcarles firmemente en el cerebro el equivalente humano de las leyes de la robótica, que los obliga a darle valor de verdad a la vida ¿Recuerdan la citada frase de Susan Calvin? Hombres y robots se funden así en un complejo donde unos aportan su perfecta ética cibernética y otros su imperfecta humanidad y poder de tomar decisiones ¿Cuál será el resultado?

Volvamos de nuevo a las propias palabras del buen doctor: “Para ningún biólogo está bien definida la línea entre lo animado y lo inanimado. Las fronteras no son demasiado claras y el mundo está lleno de matices. Nunca se puede saber con total seguridad hasta qué punto una cosa está viva o no, si tiene inteligencia o no. En el crepúsculo, el día se esfuma lentamente y se vuelve noche, pero no existe un momento en que se puede determinar como el punto exacto en que se produce el cambio. Pero eso no impide que el día sea día, y la noche, noche.”

Las tres leyes de la Robótica

1era.- Un robot no puede hacer daño a un ser humano, ni permitir que por su inacción un ser humano sea perjudicado.

2da.- Un robot debe obedecer todas las órdenes dadas por los seres humanos, excepto aquéllas que produzcan conflicto con la primera ley.

3era.- Un robot debe proteger su propia existencia, siempre que no entre en conflicto con la Primera y Segunda ley.

RICARDO POTTS

Escritor de CF, periodista, secretario del capítulo cubano de la Asociación Iberoamericana de Periodistas Especializados y Técnicos y miembro de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico.

AL INDICE

3 . CUENTO CLASICO: El puente del troll

Por Terry Pratchet

El viento soplaba en las montañas y llenaba el aire de diminutos cristales de hielo.

Hacia demasiado frío para nevar. Cuando el tiempo estaba así, los lobos bajaban a los pueblos y, en el corazón de los bosques, los árboles explotaban al congelarse.

Cuando hacía un tiempo así, la gente sensata permanecía en sus Casas, frente al hogar, y se contaban historias sobre héroes.

Eran un viejo caballo y un viejo jinete. El caballo parecía una tostadora empaquetada al vacío; el hombre tenía el aspecto de que el único motivo por el que no caía de su montura era que no podía reunir las fuerzas necesarias para ello. A pesar del cortante viento helado, sólo iba vestido con una corta falda de piel y un vendaje sucio en una rodilla.

Se quitó una empapada colilla de los labios y la aplastó contra la otra mano.

–Está bien, vamos a hacerlo –dijo.

–Para ti es muy fácil –contestó el caballo–. Pero ¿y si tienes uno de tus ataques de vértigo? Y últimamente tienes la espalda fatal. ¿Cómo me sentiré, si nos devoran porque tienes un tirón en la espalda en un mal momento?

–Eso no pasará –aseguró el hombre.

Se deslizó hasta las heladas piedras y sopló sobre sus dedos. Luego sacó del fardo una espada con un filo que parecía una sierra mal conservada y asestó unos mandobles en el aire con escasa convicción.

–Todavía conservo mi viejo estilo –comentó.

El hombre hizo una mueca y fue a apoyarse en un árbol.

–Juraría que esta maldita espada es más pesada cada día.

–Tendrías que volver a guardarla –le aconsejó el rocín–. Ya basta por hoy.

¡Hacer estas cosas a tu edad! No está bien.

El hombre puso los ojos en blanco.

–Jodida subasta! Esto es lo que me pasa por comprar algo que perteneció a un mago –maldijo, dirigiéndose al frío mundo en general– Te miré los dientes y los cascos, pero no se me ocurrió escuchar.

–¿Quién crees que estaba pujando contra ti? –replicó el equino. Cohen el Bárbaro siguió apoyado en el árbol. No estaba totalmente seguro de poder volver a enderezarse.

–Debes de tener muchos tesoros escondidos –supuso el caballo–. Podríamos ir hacia el Límite. ¿Qué te parece? Es bonito y hace calor. Un bonito y caluroso lugar, con una playa, ¿eh? ¿Qué me dices?

–No hay ningún tesoro –declaró Cohen–. Me lo gasté todo. En bebida. Lo di todo. Lo perdí.

–Debiste haber guardado algo para la vejez.

–Jamás pensé que llegaría a la vejez.

–Algún día morirás –dijo el caballo–. Podría ser hoy.

–Ya lo se'. ¿Por qué crees que he venido aquí?

El equino se giró y miró hacia el barranco. Allí, el camino era tortuoso y difícil de seguir. Unos árboles jóvenes se abrían paso entre las piedras. El bosque estaba apiñado a ambos lados. En unos años más, nadie sabría que allí había habido un sendero. Por su aspecto, tampoco lo sabía nadie ahora.

–¿Has venido aquí a morir?

–No. Pero hay algo que siempre he querido hacer. Desde que era un muchacho.

–¿Ah, sí?

Cohen intentó incorporarse. Los tendones lanzaron mensajes candentes por sus piernas.

–Mi padre... –chilló. Luego recuperó el control–. Mi padre me dijo... –Pugnó por tomar aire.

–Hijo... –trató de ayudarlo el caballo.

–¿Qué?

–Hijo. Ningún padre llama a su chaval «hijo» a menos que esté a punto de impartirle algo de su sabiduría. Todo el mundo lo sabe.

–Son mis recuerdos.

–Perdón.

–Me dijo: «Hijo...». Sí, vale. «Hijo, cuando venzas a un troll en combate singular, podrás hacer cualquier cosa.»

El caballo parpadeó. Luego volvió a examinar el sendero entre los árboles hasta la profundidad del barranco. Allí había un puente de piedra

Tuvo un horrible presentimiento.

Pateó nerviosamente el suelo con los cascos.

–Vamos hacia el Límite –insistió–, Es bonito y hace calor.

–No.

–¿Qué ganamos matando a un troll? ¿Qué conseguirás con eso?

–Un troll muerto. De eso se trata. En cualquier caso, no es necesario matarlo.

Basta con vencerlo. Uno contra uno. Mano a mano... troll. Si no lo intento, mi padre se revolverá en la tumba.

–Me dijiste que te expulsó de la tribu cuando tenías once años.

–Lo mejor que pudo haber hecho jamás. Me enseñó a volar con las alas de otros.

Ven aquí, ¿quieres?

El caballo se puso a su lado. Cohen se agarró a la silla y se incorporó.

–Y tú quieres luchar hoy con un troll... –rezongó el equino.

Cohen rebuscó en el saco y extrajo la bolsa de tabaco. El viento sacudió el papel de fumar mientras enrollaba un cigarrillo.

–Eso es –asintió.

–Y hemos hecho todo este camino para eso.

–Teníamos que hacerlo –dijo Cohen–. ¿Cuándo fue la última vez que viste un puente con un troll debajo? Cuando yo era un chaval, había a cientos. Ahora hay más trolls en las ciudades que en las montañas. La mayoría, gordos como cerdos. ¿Para qué combatimos en tantas guerras? Ahora... cruza ese puente.

Era un puente solitario sobre un río poco profundo, espumoso y traicionero en un hondo valle. La clase de lugar donde uno se topa con...

Una figura gris saltó sobre el parapeto y cayó con los pies separados frente al caballo. Blandía un garrote.

–Está bien –gruñó.

–Oh... –empezó el caballo.

El troll parpadeó. Incluso los cielos fríos y nubosos del invierno reducían seriamente la conductividad del cerebro de silicona de un troll. Tardó todo este tiempo en darse cuenta que no había nadie en la silla

Parpadeó de nuevo, porque sintió de pronto la punta de un cuchillo en el cogote.

–Hola –saludó una voz junto a su oreja.

El troll tragó saliva. Pero con mucho cuidado.

–Mira, esto es una tradición, ¿vale? –dijo a la desesperada–. En un puente como éste, la gente tiene que esperar que aparezca un troll.

»Por cierto –añadió, cuando otro pensamiento llegó a duras penas ¿cómo es que no te he oído acercarte?

–Porque esto lo hago bien –repuso el viejo.

–Eso es verdad –confirmó el rocín–. Se ha acercado sigilosamente a otros hombres más veces de las que tú has asustado a tus cenas.

El troll se arriesgó a mirarlo de reojo.

–¡Por todos los demonios! –susurró–. Te crees que eres Cohen el Bárbaro, ¿no?

–¿Y tú qué crees? –dijo Cohen el Bárbaro.

–Escucha –intervino el caballo–, si no se hubiese envuelto las rodillas con vendas, lo habrías descubierto por el crujir de sus huesos.

El troll necesitó un cierto tiempo para entenderlo.

–¡Oh, vaya! –exclamó jadeante–. ¡En mi puente! ¡Vaya!

–¿Qué? –preguntó Cohen, El troll se zafó de la presa y agitó las manos frenéticamente.

–¡Está bien! ¡Está bien! –gritó mientras Cohen avanzaba–. ¡Ya me tienes! ¡Ya me tienes! ¡No voy a resistir! Sólo quiero llamar a mi familia, ¿de acuerdo? De lo contrario, nadie me creará. ¡Cohen el Bárbaro! ¡En mi puente!

Su pecho, enorme y duro como una piedra, se hinchó aun mas.

–Mi jodido cuñado siempre está fardando de su jodido puente de madera –añadió–, y mi mujer no sabe hablar de otra cosa. ¡Ja! Me gustaría verle la cara ahora...

¡Oh, no! ¿Qué vas a pensar de mí?

–Buena pregunta –dijo Cohen.

El troll soltó el garrote y estrechó la mano a Cohen.

–Me llamo Mica –se presentó–. ¡Qué gran honor! –Se asomó al parapeto y vociferó–: ¡Berila! ¡Sube! ¡Y trae a los niños!

Cuando se volvió hacia Cohen, el rostro del troll estaba resplandeciente de felicidad y orgullo.

–Berila siempre dice que tendríamos que mudarnos, encontrar algo mejor; pero yo le contesto que este puente ha sido de nuestra familia durante generaciones.

Siempre ha habido un troll bajo el Puente de la Muerte. Es la tradición.

Una enorme mujer troll con dos niños a cuestas subió por la ribera arrastrando los pies, seguida de una fila de trolls más pequeños. Todos ellos se alinearon detrás de su padre y observaron a Cohen con grandes ojos.

–Te presento a Berila –dijo el troll. Su mujer miró ceñuda a Cohen–. Y éste...

–empujó hacia adelante a una copia más pequeña y enfurruñada de sí mismo– es mi chaval, Pedregal. Una lasca de la vieja roca. Será el que se encargue del puente cuando yo ya no esté, ¿verdad, Pedregal? ¡Mira, este señor es Cohen el Bárbaro! ¿Qué te parece, eh? ¡En nuestro puente! No sólo tenemos mercaderes ricos y fofos como tu tío Piritas –añadió el troll, hablando todavía a su hijo mirando por el rabillo del ojo a su mujer–: tenemos héroes de verdad, como en los viejos tiempos.

La mujer del troll miró a Cohen de arriba abajo.

–¿Es rico, éste? –preguntó.

–El dinero no tiene nada que ver –contestó el troll.

–¿Vas a matar a papá? –inquirió Pedregal, suspicaz.

–¡Pues claro que sí! –afirmó Mica con severidad–. Es su trabajo. Y luego seré famoso y me mencionarán en canciones y en cuentos. Éste es Cohen el Bárbaro, ¿comprendes?, no un gilipollas del pueblo. Es un héroe famoso que ha hecho todo este viaje para vernos, así que mostradle más respeto.

»Lo siento, señor –se disculpó después ante Cohen–. Ya sabe cómo son los chicos de hoy.

El caballo empezó a reírse con disimulo.

–Bueno, escucha... –empezó Cohen.

–Recuerdo que papá me contó cosas de usted cuando yo era un guijarrito –dijo Mica–. «Monta sobre el mundo como un "closen"», me decía.

Se produjo un silencio. Cohen se preguntó qué era un «closen» y sintió la pétrea mirada de Berila clavada en él.

–No es más que un viejo –comentó ella–. No me parece un héroe. Si es tan bueno, ¿por qué no es rico?

–Bueno, escucha... –intentó contestar Mica.

–¿Esto es lo que hemos estado esperando todos estos años? –lo interrumpió la troll–. ¿Por esto hemos estado bajo un puente con goteras? ¿Esperando a gente que no venía nunca? ¿Esperando a viejos con las piernas vendadas? ¡Tendría que haber hecho caso a mi madre! ¿Y ahora quieres que deje a mi hijo quedarse sentado bajo el puente esperando a que venga otro viejo a matarlo? ¿Esto es ser un troll? ¡Bueno, pues ni hablar!

–¿Quieres escucharme?

–¡Ja! ¡Piritas no tiene viejos! ¡Consigue mercaderes ricos y gordos! Es alguien. ¡Debiste haber ido con él cuando tuviste la ocasión!

–¡Antes comería gusanos!

–¿Gusanos, eh? ¿Desde cuándo podemos permitirnos comer gusanos?

–¿Podemos hablar en privado? –intervino Cohen.

Echó a andar hacia el otro extremo del puente, haciendo oscilar la espada. El troll lo siguió, caminando sin hacer ruido.

Cohen buscó la bolsa de tabaco. Miró al troll y sostuvo la bolsa en alto

–¿Fumas? –le preguntó.

–Eso puede matarte –repuso el troll.

–Sí. Pero no hoy.

–¡No te quedes todo el día charlando con tus amigotes! –vociferó Berila desde su lado del puente–. ¡Hoy te toca ir al aserradero! Ya sabes que Chert dijo que no podría guardarte el empleo si no te tomabas el trabajo en serio!

Mica sonrió a Cohen con un gesto de disculpa.

–Se preocupa mucho por mí –le explicó

–¡No voy a recorrerme el río otra vez para sacarte del lío! –rugió Berila–.

¡Cuéntale lo de los machos cabríos, señor Gran Troll!

–¿Machos cabríos? –se extrañó Cohen.

–No sé nada de esos machos cabríos –dijo Mica–. Siempre está hablando de los machos cabríos, y yo no sé nada de ellos. –E hizo una mueca.

Observaron cómo Berila se llevaba a los jóvenes trolls por la ribera hasta la oscuridad que se extendía bajo el puente.

–La cuestión es que no pretendía matarte –declaró Cohen cuando quedaron a solas. El troll quedó decepcionado.

–¿No?

–Sólo quería tirarte desde el puente y robarte los tesoros que tuvieras.

–¿Sí?

Cohen le dio unas palmadas en la espalda.

–Además –añadió–, me gusta la gente con... buena memoria. Eso es lo que necesita el país: buena memoria.

–Hago cuanto puedo, señor –repuso el troll, poniéndose firme–. Mi chaval quiere ir a trabajar a la ciudad. Le he dicho que ha habido un troll bajo este puente durante casi quinientos años...

–Así que, si me entregas tu tesoro, seguiré mi camino –prosiguió Cohen.

El rostro del troll se crispó en un súbito ataque de pánico.

–¿Tesoro? No tengo ninguno.

–¡Oh, vamos! ¿Con un puente como el tuyo?

–Si, pero ya nadie baja por el sendero –dijo Mica–. La verdad es que has sido el primero en varios meses. Berila dice que tendría que haberme ido con su hermano cuando construyeron la nueva vereda por su puente, pero –levantó la voz– yo dije: ha habido trolls bajo este puente...

–Ya, ya –lo cortó Cohen.

–El caso es que el puente se está cayendo –continuó el troll–. Y no tienes idea de lo que cobran los albañiles. ¡Serán cabritos esos enanos! No puede uno confiar en ellos. –Se inclinó hacia Cohen y agregó en tono confidencial–: Para ser franco, tengo que trabajar tres días a la semana en el aserradero de mi

cuñado para llegar a fin de mes.

–Creía que tu cuñado vivía bajo un puente.

–Uno de ellos. Pero mi mujer tiene tantos hermanos como los perros tienen pulgas

–explicó el troll, y miró hacia el torrente con desolación–. Uno de ellos es

maderero en Aguas Agrias, otro tiene el puente, el tercero es un gordo

comerciante en Pica Amarga. ¿Te parece trabajo para un troll?

–Pero uno está en el negocios de los puentes.

–¿El negocio de los puentes? ¿Sentado sobre una caja todo el día haciendo pagar

una pieza de plata a los viajeros que quieren cruzar–¡La mitad del tiempo ni

siquiera está en su sitio! Paga a un enano para que le haga de recaudador. ¡Y se

llama troll! ¡No puedes distinguirlo de un humano a menos que lo mires de cerca!

Cohen asintió, comprensivo.

–¿Sabes que tengo que ir a cenar con ellos cada semana? –prosiguió el troll–.

¿Con los tres? Y tener que escucharles que hay que adaptarse a los tiempos...

–Qué hay de malo en ser un troll bajo un puente? –agregó, mirando con tristeza a

Cohen–. Me crié para ser un troll bajo un puente, y quiero que Pedregal sea un

troll bajo un puente cuando yo ya no esté. ¿Qué hay de malo en eso? Si no, ¿qué

sentido tiene todo? ¿Para qué vivimos?

Se recostó en el parapeto con gesto abatido, mirando hacia las espumosas aguas.

–¿Sabes? –dijo Cohen despacio–, recuerdo la época en que un hombre podía

cabalgar desde aquí a las Montañas Afiladas y no ver ningún otro ser vivo.

–Paseó los dedos por la espada y añadió–: Al menos, ninguno en un largo trecho.

Tiró la colilla al agua y continuó:

–Ahora, todo son granjas. Pequeñas granjas dirigidas por gente pequeña. Y vallas por todas partes. Mires donde mires, verás granjas, vallas y gente pequeña.

–Ella tiene razón –dijo el troll, continuando su conversación anterior–. No hay futuro en seguir saltando de debajo de un puente.

–No tengo nada contra las granjas, por supuesto –prosiguió Cohen–. Ni contra los granjeros. Tiene que haberlos. Lo malo es que antes estaban muy lejos, en los límites. Ahora esto es el límite.

–Siempre hacia atrás –declaró el troll–. Siempre cambiando. Como mi cuñado

Chert. ¡Un aserradero! ¡Un troll dirigiendo un aserradero! ¡Y tendrías que ver el lío que está organizando con el bosque de las Sombras Cortadas!

Cohen, sorprendido, levantó la mirada.

–¿Cuál, el de las arañas gigantes?

–¿Arañas? Ya no hay arañas allí. Sólo tocones de árbol.

–¿Tocones? ¿Tocones? Me gustaba ese bosque. Era... bueno, era oscuro. Hoy en día ya no se encuentra un bosque sombrío. En un bosque como ése se sabía lo que era sentir terror.

–Quieres sombras? Lo está replantando con abetos rojos –dijo Mica

–¡Abetos!

–No es idea suya. No distingue un árbol de otro. Todo se le ocurrió a Arcilla.

Él lo enredó.

Cohen sintió un mareo.

–¿Y quién es Arcilla?

–Te he dicho que tengo tres cuñados, ¿no? Este es el comerciante. Dijo que, si se replantaba, sería más fácil vender el terreno.

Se produjo una larga pausa mientras Cohen asimilaba la información.

–No se puede vender el bosque de las Sombras Cortadas –dijo por fin–. No pertenece a nadie.

–Así es. Dice que por eso puede venderlo.

Cohen descargó el puño sobre el parapeto. Una piedra se desprendió y cayó al barranco.

–Perdón –se excuso.

–No te preocupes. Ya te he dicho que se está cayendo a pedazos.

Cohen se revolvió.

–¿Qué ocurre? Recuerdo todas las grandes guerras del pasado. ¿Tú no? Debiste de luchar en ellas también.

–Llevaba un garrote, sí'.

–Se suponía que todo era por un nuevo y brillante futuro basado en la ley y todo lo demás. Eso era lo que decía la gente.

–Bueno, yo combatía porque un troll grandullón con un látigo me obligaba –dijo

Mica con cautela—. Pero sé lo que quieres decir.

—Quiero decir que no lo hicimos por los granjeros y los abetos rojos, ¿no?

—Y aquí estoy yo reivindicando este puente —filosofó Mica, con gesto abatido—. Y tú has hecho todo este camino...

—Y había un rey o algo así —continuó Cohen vagamente, contemplando el agua—. Y creo que había hechiceros. Pero seguro que había un rey. Estoy casi seguro.

Jamás lo conocí. ¿Sabes? —Sonrió al troll—. No logro acordarme de su nombre. No creo que me lo dijeran nunca.

Una media hora después, el caballo de Cohen salió de los sombríos bosques a un páramo desolado y azotado por el viento. Siguió caminando con paso cansino por un tiempo hasta que dijo:

—Muy bien... ¿Cuánto le has dado?

—Doce piezas de oro —contestó Cohen.

—¿Por qué le diste doce piezas de oro?

—Sólo llevaba doce.

—Debes de estar loco.

—Cuando empecé en este negocio de ser bárbaro —dijo Cohen—, todos los puentes tenían un troll debajo. Y no se podía atravesar un bosque como el que acabamos de cruzar sin que una docena de trasgos intentase cortarte la cabeza. —Suspiró—. Me pregunto qué ha sido de todos ellos.

—Tú sabrás —insinuó el caballo.

—Bueno, vale. Pero siempre creí que habría más. Siempre pensé que habría nuevos límites.

—¿Cuántos años tienes?

—Ni idea.

—Entonces eres lo bastante viejo para no llamarte a engaño.

—Sí, tienes razón.

Cohen encendió otro cigarrillo y tosió hasta que se le humedecieron los ojos

—¡Se te está ablandando el cerebro!

—Sí,.

—¡Darle hasta tu última moneda a un troll!

–Sí –confirmó Cohen, y lanzó una voluta de humo al sol poniente.

–¿Por qué?

Cohen contempló el cielo. El resplandor rojizo era frío como las laderas del infierno. Un viento helado cruzó la estepa y sacudió los restos de su melena.

–Por la forma como deberían ser las cosas –respondió.

–¡Ja!

–Por las cosas como fueron antes.

—¡Ja!

Cohen agachó la cabeza. Y sonrió.

–Y por tres direcciones. Algún día moriré –dijo–, pero creo que hoy, no.

El viento soplaba en las montañas y llenaba el aire de diminutos cristales de hielo. Hacía demasiado frío para nevar. Cuando el tiempo estaba así, los lobos bajaban a los pueblos y, en el corazón de los bosques, los árboles explotaban al congelarse. Pero cada vez quedaban menos lobos, y menos bosques.

Cuando hacía un tiempo así, la gente sensata permanecía en sus casas, frente al hogar.

Y se contaban historias sobre héroes.

TERENCE DAVID JOHN PRATCHETT

Nacido el 28 de abril de 1948, en Beaconsfield, Gran Bretaña. Orientó sus estudios al periodismo, dejando la escuela en 1965 para trabajar en Bucks Free Press y aprobó el curso del National Council para la Formación de Periodistas. En 1987 decidió dedicarse únicamente a escribir. Ritos Iguales (1987), Mort (1987) y Rechicero (1988) serían las siguientes novelas en aparecer.

Es el autor vivo de ficción más vendido de los años 1990 en el Reino Unido. Gran parte de su producción literaria consiste en la serie del Mundodisco, de la que lleva escritos 36 libros. Actualmente vive cerca de Stonehenge en

Salisbury con su mujer Lyn y su hija Rhianna Pratchett,
también escritora.

Al INDICE

4. CUENTO MADE IN CUBA: Cibersex.

Por Javier Rabeiro Fragela.

El presente cuento resultó ganador del tercer lugar del concurso Juventud Técnica 2007 convocado por la revista de igual nombre de la Editora Abril.

Andrexa camina con su vestido de novia por el pasillo del Cibersex. Hace dos minutos que entró y todavía se pregunta por qué los sensores de deseo no han captado su voluntad real.

Varias chicas desfilan cerca de ella, entornando miradas y luces de reconocimiento. Andrexa sin embargo sigue recto, sin observarlas, atravesando con los dedos los hologramas y los dígitos que caen formando anuncios de sexo transgresivo.

Bien pudiera abrir otro espacio, entrar en un sitio Hard, donde todo se ofrece de un modo más específico, donde los anuncios caen en forma de fibrilaciones y gemidos, donde la búsqueda se transfigura en una experiencia obscena. Bien pudiera buscar en los códigos de género, pero no, prefiere deambular en calma con su vestido de novia, enviándole señales a los sensores de espacio, ágiles captando-situaciones a velocidad supersónica, pero endebles al interpretar-intenciones en tiempo real.

Afuera ya habrá empezado a caer la noche, habrán transcurrido quizá otros dos minutos; Andrexa lo sabe, por eso deja de caminar, comienza a teletransportarse hacia un ángulo más abierto. Los censores, en una especie de duda, lanzan giros azules contra el vestido de novia, proponen alternativas de voz. Andrexa de todas formas permanece callada, reprimiendo una sonrisa de burla para los sensores locos, que finalmente le recomiendan otro sitio y desmontan el entorno de chicas depiladas. Luego el espacio se va llenando de símbolos, de vibraciones gruesas, los dígitos se dislocan hacia los costados formando exhortaciones de bienvenidas, las superficies adquieren cierto énfasis de liberalidad, de sonrisa, la música progresiva

es de aceptación y frente a Andrexha comienza a perfilarse la figura tranquila de un hombre desnudo.

Ella suspira, las manos en el pecho, y pregunta ¿Cómo te llamas?, él explica que su nombre es secreto pero que puede llamarle como ella quiera. Te diré Manson, le dice Andrexha, y le muerde una oreja. El hombre se repliega, con los ojos cerrados, y emite un sonido de dolor. ¿Por qué haces eso?, le pregunta a Andrexha limpiándose la sangre con los dedos. Quería saber si eras real: muchas veces nos engañan con androides o robots; quería estar segura. En este sitio no hay engaño, todo es legal, dice él mientras Andrexha se inclina para libar la sangre. Eres extraña, añade al tiempo que siente cómo una boca se desliza por sus músculos, cómo Andrexha lo besa, le roza las mejillas, las orejas, el pelo, y musita Manson, Manson.

El hombre desespera, pues Andrexha es bella y a los lados divagan imágenes subliminales de caricias, de eyaculaciones; siluetean mensajes morbosos, se mezclan diversas variantes de jadeos en la música. Dice Ven, ven, pero Andrexha se resiste al desnudo, a dejarse explorar por el hombre que la sacude, le rompe el vestido. ¡Déjame!, gime ella, totalmente excitada, y el hombre la voltea, le aprieta la cintura en lo que Manson aparece y empiezan a desvanecerse los mensajes, las imágenes, el vestido de novia. ¡Déjame!, vuelve a gemir Andrexha, mientras Manson la empuja contra una pared y desconecta de un puñetazo la máquina de Cibersex, que deja abierto por varios segundos su gran hoyo blanco de entrada y se apaga, despidiéndose en varios idiomas. ¡Déjenme!, grita con más fuerza Andrexha cuando los robots comienzan a arrastrarla hacia la calle, cuando se eleva la música y en la pista de baile las personas siguen saltando, inmersas en el humo alucinógeno que escapa de los inciensos flotantes.

Manson camina delante, con las manos en la espalda, luego se para en la puerta de salida, espera que la acerquen y le dice: lo siento, Andrex, aquí está prohibido el Cibersex. Entonces los robots de vigilancia hacen fuerza y lo lanzan a la calle, al tiempo que Manson rompe con lentitud la pequeña máquina y la arroja al suelo. Andrex zarandea los brazos, se ajusta los pantalones de vaquero, camina hacia la puerta. Los robots lo golpean, lo lanzan de nuevo a la calle. Andrex se

levanta dos o tres veces más, intenta prolongar la pelea hasta que Manson, hastiado del innecesario altercado, de los observadores curiosos, le dispara con su discontinuador de robots. Andrex resiste otro poco, suelta un chillido de mujer y cae finalmente al suelo, mientras sus círculos de energía comienzan a agotarse y en la pantalla de sus ojos se reflejan a intervalos cada vez más lentos las luces de entrada del Manson Disco Club.

JAVIER RAIBEIRO FRAGELA.

Matanzas 1978, egresado del centro de Formación Literario Onelio Jorge Cardoso. Premio Farraluque 2006. Premio Alfredo Torruella 2006. Premio Hemingway 2007

[Al INDICE](#)

6. CUENTO MADE IN CUBA II: PROLOGO: EL NIÑO INAPROPIADO

Por Yoss

Para Haydeé, que me escuchó esbozar verbalmente la historia.

Aunque ya no seas mi cosititruchi...

Tras florecer tan exuberantemente en la Tierra que durante todo el siglo XX y la mitad del XXI muchos pesimistas temieron que, escapando a todo control, acabaría por causar la desaparición de la vida en el planeta entre horribles cataclismos bélicos, sobrevino un tiempo dorado en que la ciencia, domada y obediente, trajo la gloria pacífica para el hombre, abriéndole las sendas del cosmos gracias a su descubrimiento del hiperespacio.

Ya la relatividad einsteiana no era el límite. Y la semilla de la humanidad se extendió gozosa y ampliamente por el cosmos, primero en naves tan rápidas que dejaban atrás a la misma luz, luego a través de la magia tecnológica de los ansibles y teleportales, cuyo principio de funcionamiento pocos entendían, pero casi todos usaban para comunicarse o viajar entre mundos cada vez más lejanos de la Tierra o entre sí.

También colocó la próspera ciencia en las ávidas manos del hombre la antigravedad que sustituyó a las ruedas, hélices y reactores como clave del transporte; como mismo había hecho antes con la ingeniería genética que mejoró a las plantas y animales que lo alimentaban y vestían hasta que la química sintética le permitió pasar sin ellas... y con muchas otras maravillas que mejoraron inmensamente su entorno y su vida.

Por desgracia, algo que la ciencia jamás logró cambiar fue el modo de pensar del hombre, que desde siempre ha temido instintivamente la diversidad y la tolerancia, aún cuando racionalmente pueda ver sus ventajas.

Así, incluso cuando el Dominio Humano ya llevaba un par de siglos siendo una realidad económica, social y política y parecía que las últimas fronteras de la distancia y la diferencia estaban a punto de esfumarse de forma definitiva, que la humanidad estaba en los albores de una nueva era en la que dejaría para siempre de importar lo que era ser blanco o negro, ruso o cetiano, budista o mormón, quedaban todavía algunos recalcitrantes aferrándose tercamente a los pequeños detalles de color, origen o fe por los que creían estar definidos.

Pese a que por sus diferencias eran enemigos irreconciliables, todos ellos coincidían en algo, aún sin saberlo: no querían vivir en una galaxia donde todos fueran iguales. Donde tuvieran que soportar que vecinos con otra fe, color de piel o sistema político no solo se consideraran, sino que fuesen de hecho tan ricos, libres o respetados como ellos... si no más.

Así que, antes de que fuera demasiado tarde, actuaron para evitar que lo que se imaginaban como el peor de los infiernos se impusiese sin remedio a todo lo largo y ancho de la galaxia.

Nunca intentaron ponerse de acuerdo... ni tampoco resulta muy probable que hubieran podido hacerlo, de proponérselo. Con el tiempo, se ha terminado por aceptar que todo no fue un único complot cuidadosamente planeado a escala cósmica, como muchos creían en los primeros años tras el desastre, sino una larga serie de acciones aisladas... aunque extrañamente simultáneas, eso sí.

Los conspiradores eran pocos, pero decididos. Grande era su odio y su fanatismo. Respetados, poderosos e influyentes, líderes por muchos seguidos eran todos en sus respectivos mundos. Y casi sin excepción, también fueron mortalmente hábiles.

Jugaron bien sus cartas. Tomaron a la galaxia por sorpresa, y una escalada de motines y

sublevaciones, de rabia, odio y destrucción se extendió como un reguero de pólvora ardiente por el Dominio Humano. En menos de tres meses, como quien dice de la noche a la mañana, las oleadas de siervos del caos, sabiamente dirigidas desde la sombra, superaron toda contención e hicieron colapsar cualquier poder central supraplanetario.

Aquellos obtusos fanáticos volcaron especialmente su ira contra las tecnologías que habían abolido el tiempo y la distancia. Sabotearon, desactivaron o desmontaron miles de ansibles y teleportales, y hasta inutilizaron “prudentemente” millones de las entonces ya casi obsoletas naves más veloces que la luz. Cortaron así los hilos invisibles de la gran red de comunicaciones que unía entre sí a los muchos mundos por los que se había dispersado la humanidad, hasta volver realidad el sueño egoísta de sus oscuros líderes: que cada planeta quedara abandonado a su propia suerte, para que sus ideas aislacionistas, racistas, intolerantes y chovinistas pudieran imponerse en ellos, uno por uno.

En muchos mundos, por desgracia quizás hasta en la mayoría, ocurrió justamente así. Y hubo absurdas pero cruentas limpiezas étnicas, cruzadas religiosas y persecuciones políticas, hasta que una raza, un credo o un partido lograron imponerse... o en la batalla sin cuartel contra adversarios tan fanáticos como ellos, destruir la civilización y hasta la vida en el planeta, que también sucedió no pocas veces.

Ese fue el Ocaso.

La miríada de pequeñas guerras intestinas en que se multiplicaron y convirtieron los motines y revueltas iniciales cobraron un alto precio a la humanidad. Alejadas de los mundos en los que habían surgido y que las producían, muchas tecnologías se perdieron ¿para siempre? en los conflictos, más sangrientos cuanto más locales. Mucho más aún de aquella fértil ciencia que las sustentaba desapareció, cada vez que alguna de los miles de facciones en pugna prefirió destruir algo antes de permitir que sus enconados adversarios

lo aprovecharan.

Y lo mismo ocurrió con sus sacerdotes del conocimiento, los científicos. Unos pocos sin escrúpulos ofrecieron sus valiosos servicios a efímeros y ambiciosos señores de la guerra. Otros escogieron morir antes que prostituir su ciencia. La mayoría, simplemente, sin ser tan interesados ni tan estoicos, pero negándose a ser considerados, más que hombres, una posesión preciada, renegaron de su saber para confundirse con las anónimas hordas combatientes...

Aquello duró casi un siglo. Luego llegaron los largos Siglos Tristes.

Porque cuando finalmente el cansancio, el remordimiento y el hambre se impusieron al odio y la irracionalidad, y algo más o menos parecido a la paz reinó en cada mundo, con el triunfo ¿definitivo? de una u otra tendencia, ya en casi todos quedaba bien poco del antiguo esplendor de gemas con el que habían brillado juntos en la gran diadema enjoyada del Dominio Humano.

Casi todos eran ahora sociedades o culturas “puras” tal y como las habían querido los artífices del Ocaso, para entonces en su mayoría muertos. Puras, pero empobrecidas, sin ciencia ni tecnología propias, sobreviviendo solo a costa de las remanentes de aquel mismo pasado de unión y tolerancia que con tanta saña habían combatido.

Por suerte, como nada es absoluto en el cosmos, algunos ansibles habían escapado al frenesí destructor del Ocaso, y gracias ellos unos pocos mundos volvieron a comunicarse, al principio recelosos y avergonzados, luego curiosos al ir ¿recordando? ¿redescubriendo? que había otros modos de vivir diferentes del suyo, pero igual de válidos, y ansiosos por conocerlos para aprovechar lo mejor de ellos.

También unos pocos teleportales, pese al insidioso y especial cuidado con que planearon eliminarlos hasta el último los reaccionarios responsables del Ocaso, escaparon

¿milagrosamente? al frenesí antitecnológico de sus secuaces, y entre algunos mundos siguió siendo posible moverse sin naves... si los viajeros eran valientes y de mente abierta y no temían al shock cultural que los esperaba al otro lado.

Sobre todo, escapó de la oleada de aniquilación aislacionista un notable número de naves más rápidas que la luz, especialmente los modelos más viejos y lentos. Sin posibilidad de repostar en astropuertos adecuados ni de comunicarse entre sí o con sus bases, muchas se perdieron ¿para siempre? en el cosmos. O, al quedarse sin combustible, tuvieron que descender en mundos aún inexplorados.

Por supuesto, la mayoría eran inhóspitos, pero otros, en cambio, resultaron lo bastante acogedores como para permitir a las tripulaciones náufragas fundar colonias de emergencia. Muchas perecieron pronto... pero otras sobrevivieron convirtiéndose a veces, a fuerza de asilamiento y privaciones, en sociedades muy extrañas...

Sin embargo, la mayoría de las tripulaciones navales se transformaron: dejaron de obedecer a jerarquías convencionales para convertirse en una especie de familias, auténticos clanes, minitribus obligatoriamente endogámicas, sacrílegamente multiétnicas y multiculturales, necesariamente nómadas. Ellos fueron los primeros que, pasando por encima de los mutuos recelos y diferencias de una edad de suspicacias, decidieron que la alternativa óptima era cooperar entre sí, aunque fuese de modo limitado. De común acuerdo, adoptaron todos el antiguo nombre genérico de ziingari: serían los nuevos gitanos del cosmos.

Por largos siglos, ferozmente independientes aunque cada vez con más rasgos comunes, los ziingari vagaron por la galaxia de mundo en mundo, guiándose por sus viejos mapas informáticos de abordaje, que muchas veces los conducían a mundos muertos y asolados por guerras locales, otras a sociedades degeneradas y ferozmente xenófobas que no los

aceptaban y a veces los agredían con rabia y/o miedo... pero también, y por suerte bastante a menudo, a culturas que tras sobrevivir al hambre y la degeneración soñaban con renacer. A pueblos que, de adorar fanáticamente los nombres de los artífices del Ocaso, habían pasado a maldecirlos entre dientes o de viva voz, y de tener la intolerancia como credo, a desear que de nuevo se estableciese el Dominio Humano con toda su prosperidad.

Los ziiingari eran comerciantes y contrabandistas. Traficaban con todo: combustible, artesanías, piezas de recambio, armas, drogas... Pero apreciaban muy especialmente tres clases de artículos: tecnología, ciencia... y científicos. Fue gracias al valor que ellos les daban que algunos de los pocos sabios que habían sobrevivido al Ocaso ocultando su condición pudieron abandonar sus coberturas y regresar sin peligro a sus investigaciones, y así lentamente ir recuperando el aprecio y respeto de sus conciudadanos, mientras iban sentando las endeble bases de una segunda Edad de la Ciencia.

De ese modo, durante los Siglos Tristes, lenta, laboriosa y pacientemente, los ziiingari fueron tejiendo con sus naves, sin siquiera ser conscientes de lo que hacían, una nueva, sutilísima, lenta y frágil telaraña de relaciones comerciales.

Hasta que sucedió lo que debía suceder. Aunque, al contrario de como había acontecido con el Ocaso, fue solo tras largas negociaciones y complejos pacto. Porque el hombre llega al caos fácilmente y por instinto pero al orden únicamente con dificultad y tras largos razonamientos...

Las fuerzas de muchos mundos que querían el retorno de la Edad de Oro del hombre y la galaxia se unieron... y de esa alianza surgió Reconstrucción: a la vez religión, causa, sociedad, liga, ejército y secta.

Al principio eran pocos sus adeptos, débiles, aislados y con ideas confusas, escasos sus

recursos y conocimientos... pero muy pronto, contando con la valiosa (aunque no siempre desinteresada ni tampoco voluntaria) ayuda de los ziiingari, sus nexos se entretejieron fuertemente por toda la galaxia, su programa se concretó y su poder comenzó a crecer.

Además de científicos, otra de sus primeras estrategias fue recuperar, robar o comprar cuantas naves más veloces que la luz pudieron encontrar. Unas pocas funcionales, muchas inoperantes. Las repararon todas, hasta llegar a tener tan potente Armada que solo era segunda en número y experiencia de la de los ziiingari, aunque por su disciplina centralizada y poder de fuego la superaba con creces en capacidad combativa.

Con astucia y valor, por la diplomacia o por la fuerza, unas veces con la simple amenaza de guerra y otras tras cruentas batallas, fueron expandiendo su influencia, conquistando mundo tras mundo, sobre todo aquellos que poseían aún los codiciadísimos teleportales y ansibles operativos.

Era una auténtica cruzada y su hermoso superobjetivo terminar con los Siglos Tristes y acelerar el retorno del Dominio Humano... pero también impedir, con su mano férrea de controladores envuelta en el guante de seda de amantes del progreso, que nunca más disidentes reaccionarios o anarquistas cortos de miras hicieran caer a la humanidad en otro Ocaso.

En tal credo ¿altruista? educaron los iluminados y fervientes fundadores de Reconstrucción a sus millones de entusiastas seguidores: los agentes, la nueva clase de pacientes paladines que invadió el cosmos, mintiendo, matando, muriendo y engañando alegremente, en nombre de aquel elevado ideal que los trascendía. Todo era válido, todo con tal de ganar tecnología tras tecnología, sabio tras sabio, planeta tras planeta para su justa causa, seguros de que la pureza del fin justificaba cualquier deslealtad de los medios.

Fue una epopeya gloriosa y terrible, en la que se alcanzaron extremos inauditos tanto de

sacrificio como de bajeza.

Claro que a veces hasta los más fanáticos agentes flaqueaban ante ciertos dilemas éticos, o simplemente no eran lo bastante hábiles como para convencer de las ventajas de la alianza con Reconstrucción a un gobierno planetario o lo suficientemente fuertes para conseguir que un señor de la guerra local bien armado les entregara (de buena o mala gana, casi daba igual) a su valioso primer consejero, un físico nuclear o un genetista.

Por eso, en el segundo siglo de su existencia, los siete miembros el Consejo Supremo de Reconstrucción acudieron a la ciencia con la misma petición que por siglos le habían hecho tantos gobernantes: querían que les fabricaran el seguidor perfecto. El soldado ideal; fuerte y astuto, resistente y desinteresado, creativo... y sobre todo, disciplinado y obediente.

Eugenesia humana, concepto difícil e incómodo. Incluso en su momento de máximo esplendor antes del Ocaso los magos de la ingeniería genética se habían declarado impotente en la práctica o negado de plano a siquiera intentarlo por confusos motivos éticos.

Pero esta vez no ocurrió así. Había un genetista especialmente hábil y soberbio... un doctor que no solo se creía capaz de poder hacerlo, sino que estaría encantado de demostrar que así era, en nombre del hermoso ideal de restablecer el Dominio Humano en toda su gloria.

Su nombre era David Rabinoch, y aunque era un gran sabio, no es justo que cargue con toda la gloria, ni con toda la culpa, porque no lo hizo todo él solo. Pero él y el equipo trabajando a sus órdenes lograron el milagro: al cabo de unos pocos años de frenética investigación, de los úteros metálicos del ultrasecreto proyecto Homo Bellicus comenzaron a brotar lo mismo seres inmensamente útiles a Reconstrucción, como los Forjados, que

otros absolutamente sorprendentes...

-Todo en regla, Rabinoch, puedes pasar. *Shalom*- el viejo Aaron, sargento al mando de la guardia a la entrada a la Sala Suprema, concluyó al fin con el engorroso ritual de la triple identificación: huellas digitales, escáners de retina y ADN.

Era pura rutina, claro; como si no bastara para confiar el uno en el otro el que ambos fuesen oriundos del mismo planeta, Samaria, y compartieran por tanto la ascendencia y la religión hebreas que allí habían triunfado al final de cruentas luchas tras el Ocaso, el genetista y él eran además amigos desde la infancia.

Acto seguido, el suboficial pasó del galáctico estándar a su cerrado dialecto natal, lleno de arcaicos giros tomados del extinto *yiddish* terrano, con la clara intención de que ni sus tres hombres ni los pequeños que venían con el doctor comprendieran nada –Pero ¿y esos niños? No creo que en la base de datos figuren entre los autorizados a pasar a esta Sala...

-*Shalom*, Aaron. Tú siempre tan agudo. No, no lo están... todavía- respondió el doctor David, alto y delgado, con cierto vago aspecto de garza o de grulla, igualmente en dialecto samario, y palmeando cariñosamente las cabezas de los cinco chiquillos que lo acompañaban, cada uno absorto en un juguete distinto. Todos vestían overoles semejantes, diferentes tan solo en su color –Pero confío en que lo estarán después de esta entrevista con los jefes. Y ni siquiera un paranoico profesional como tú creerá que estas criaturas podrán ser un peligro para el Consejo de los Siete ¿no, Aaron Goldberg?

-No sé... todos se ven un poco raros; esos dos parecen muy despiertos, y los tres de los monos grises son muy grandes y fornidos ¿son uno de tus experimentos genéticos, David? ¿clones, acaso, de ese proyecto supuestamente tan secreto, Homo Bellicus? ¿Qué edad tienen?- dudó el sargento Goldberg, dándose reflexivos golpecitos con su guantelete

blindado sobre la frente del yelmo de su armadura de impactos, justo donde bajo su número de fila había pintado una pequeña estrella de David.

Sin entender ni media palabra de la charla de su jefe con el científico, pero sin otra cosa que hacer, los tres hombres de la escuadra del sargento observaban con interés al pequeño grupo de infantes a través de las viseras de sus yelmos. Los dos que manejaban los pesados láseres de pulso que flanqueaban la puerta se habían incluso inclinado por encima de los gruesos parapetos de blindaje reactivo para ver mejor a los chiquillos y al doctor. Su visita era el primer incidente que venía a animar su tedioso cometido de centinelas en lo que llevaba de transcurrido el día.

Los tres chiquillos mayores, cuya piel tenía un singular tono de arrabio recién fundido muy similar al gris sucio de la tela de sus ropas, llegaban ya con sus cabezas al nivel de los hombros del veterano sargento hebreo, que con su robusto metro ochenta no era precisamente un hombre pequeño.

Sin tampoco entender por lo visto nada de la charla que sobre ellos sostenían el militar y el científico samarios, los niños estaban abstraídos en sendos juegos de habilidad: uno en hacer bailar un yoyo, el otro en ensartar en su púa la esfera perforada y atada a su cordel de un boliche, el tercero en hacer girar y saltar el diavolo manipulando una cuerda que pendía entre dos varas.

Su coordinación era excelente, e incluso ocultos por la tupida tela de los overoles, sus miembros, sobre todo las piernas, parecían asombrosamente gruesos, musculosos y de sólida estructura ósea, clara promesa de la poderosa contextura que tendrían al llegar de mayores. Llamaban también la atención sus facciones, que al carecer prácticamente de esa adiposidad característica de la infancia resultaban curiosamente duras... a la vez que casi idénticas entre sí.

-Sí, son clones... y hasta ahora han sido mi mayor éxito eugenésico- se enorgulleció David Rabinoch, doctor en genética por la prestigiosa Universidad de Samaria, la más avanzada en ciencia biológicas del Dominio Humano –Logre estabilizar la línea, ya no se presentan regresiones. Estos son tres la semilla de una nueva raza de guerreros... Les llamo Forjados, por el color de su piel. Y ¿sabes? lo mejor es que tienen solo dos años.

-¿Solo dos años?- el veterano sargento silbó y luego chasqueó la lengua, tradicional demostración de asombro samaria que el sensible micrófono interno y el potente altavoz externo de su armadura convirtieron en un estruendoso eco.

Espero a que se apagara la reverberación y continuó, siempre en su ininteligible dialecto natal -Pues parecen de diez. ¿Cómo serán entonces una vez adultos?

-Tendrán entre tres y cuatro metros de alto y pesarán unos doscientos o trescientos kilos de hueso y puro músculo... incluí en sus cromosomas baterías de genes que les garantizan menos del 5% de grasa corporal- explicó el genetista, desdeñando jactancioso la privacidad del ininteligible samario por la claridad de la lengua franca de la galaxia –Además, notarás que su coordinación físico motora es fantástica; sus reflejos llegarán a ser el doble de veloces que los de un hombre común... incluso hoy ya podrían rivalizar con los quirúrgicamente aumentados de los gladiadores araxas. Súmale a eso un sentido innato de la disciplina de grupo, una fuerte tendencia a obedecer la autoridad superior sin cuestionarla jamás, y tendrás que admitir que he logrado los guerreros ideales...

-Será un placer mandarlos en combate- asintió Aaron, ya también en galáctico estándar y entrecerrando los ojos como si se lo imaginara, para mirar luego de reojo a sus subordinados y rebufar con exagerado disgusto –Ya no hay soldados como los de mis tiempos... pero estos niños... no sé, me dan un poco de miedo. ¿Y los otros dos?- volvió al samario por pura cortesía con los infantiles aludidos, a los que señaló brevemente con su rifle

máser de reglamento -¿son también clones? Esos al menos sí tienen aspecto de tener dos años, y se parecen bastante, pero como sus ropas no tienen el mismo color...

-Sí y no- aunque en galáctico, la respuesta de David fue enigmática, y luego se quedó un largo momento observando a los otros dos pequeños con expresión indefinible.

Ambos tenían el mismo cabello abundante, lacio y negrísimo, y los ojos casi igual de oscuros. Aunque, en efecto, apenas si alzaban un metro del suelo, exhibían una coordinación físico-motora y una capacidad de concentración sorprendentes.

El de overol azul estaba enfrascado resolviendo un hipercubo de Dirac, pero lo curioso era que no parecía dudar ni por un instante: los pequeños cubos de colores rotaban y se desplazaban entre sus deditos regordetes con la hábil regularidad de una danza y la seguridad de una compleja estrategia trazada de antemano.

El del overol negro, en cambio, jugaba a hacer girar a su alrededor un flotidisco... una de las pocas aplicaciones más o menos prácticas de los débiles y primitivos generadores antigrav que la humanidad era capaz de fabricar tras el Ocaso. La tecnología que permitiera a sus felices antecesores sostener ciudades enteras en vuelo se había perdido durante los Siglos Tristes... como tantas otras cosas.

El flotidisco era un curioso juguete, capaz de reaccionar a los menores movimientos de su usuario. Y la habilidad con la que el niño vestido de negro los controlaba para guiar las evoluciones del pequeño objeto era impresionante.

Con casi imperceptibles encogimientos de hombros y tensiones de sus músculos, lo hacía girar en torno a su cintura y hombros como si fuese una abeja amaestrada, pasar bajo sus axilas y por entre sus piernas, con la misma seguridad que si lo condujese con un radiocontrol oculto.

-No sé muy bien a qué atenerme con estos dos. Les llamo proyecto Homo Plus. El resto de

mi equipo cree que son peligrosísimos. Pero yo confío en ellos, aunque también tengo muchas dudas. Podrían superar incluso a los Forjados, ser el mayor éxito de mi vida... o mi mayor fracaso... -añadió el genetista, tan misterioso como antes -Claro que si te explicara en qué son diferentes estos niños de los demás, luego tendría que matarte, viejo amigo.

Aaron y él rieron a coro, imitados mecánicamente por los otros tres centinelas, siempre dispuestos a congraciarse con su rudo sargento, aunque no entendieran una palabra del cerrado dialecto nativo en el que dialogaba con el científico visitante.

-Basta. Los pases están todos en regla y sé reconocer cuando algo trasciende mi autoridad- dijo al fin el sargento Goldberg, repentinamente serio- Pasa, David Rabinoch... el Consejo de los Siete te espera- y apartándose, accionó un mando oculto dentro de su voluminosa armadura, y les franqueó el paso a la gran puerta blindada, cuyas hojas se abrían ya con mayestática lentitud.

David hizo un gesto y los tres ¿pequeños? Forjados penetraron en la estancia.

Cuando iba él mismo a seguirlos, el niño del overol azul lo detuvo tirándole del cinturón, y en perfecto samario, le dijo muy serio: -Papá... ¡yo nunca voy a ser el fracaso de nadie!- antes de adelantársele corriendo.

El genetista se quedó de una pieza, y su amigo el viejo sargento sonrió divertido:

-¡Vaya con el chiquillo! ¿Le enseñaste nuestro dialecto? ¿Para qué?

-Nunca... tiene que haberlo aprendido solo, escuchándome murmurar durante la secuenciación de cromosomas... a veces lo hago- admitió aturdido David -Bueno, ya te dije que son inteligentes, pero ¿en que tiempo pudo...?

-Pues ya veo a que te referías con eso de “tu mayor éxito o tu mayor fracaso”- prudentemente, el sargento se alzó un par de centímetros la visera de cristalacero de su yelmo para poder silbar y chasquear la lengua sin que micrófono interno y amplificador

externo generaran un nuevo estruendo –Los enanos son peli... ¡garf!

El pequeño flotidisco salió disparado de su boca cuando escupió, asqueado. El contacto del campo antigrav del juguete con su lengua le había producido la característica y desagradable sensación de estar lamiendo pelo.

Los tres hombres de la escuadra centinela bajaron las armas que por puro reflejo habían apuntado al darse cuenta de quién era el causante del incidente. Definitivamente, dos pesados láseres de pulso y un rifle máser de reglamento eran demasiada potencia de fuego para enfrentarse a un simple chiquillo.

-¡Yo no seré el éxito ni el fracaso de nadie más que de mí mismo! ¡Y tampoco soy enano!- chilló en perfecto kumalio y con cómica indignación el pequeño del overol negro, mientras recogía su juguete antigrav y entraba corriendo en el Salón.

Esta vez los soldados sí rieron sinceramente aunque no entendieran el samario.

-Jová... ea... oado- escupió aún el sargento, con la lengua medio adormecida por el efecto del campo antigrav -¡é... ño!- y los soldados volvieron a reír estentóreamente: nada agrada tanto a un subordinado como los malos ratos de su superior.

-Loado sea Jehová. Este es tan listo como el otro, pero creo que tiene un pequeño problema con la autoridad- trató de excusarse David, él también conteniendo la risa a duras penas.

-¡Mierda radiactiva!- bramó el sargento Aaron en cuanto recuperó el pleno uso de sus facultades vocales -¿un pequeño problema? ¡acaba de ir con ellos antes de que vuelvan loco al Consejo de los Siete!- y cuando su connacional hubo entrado en la sala y la puerta se cerró, rugió de nuevo -¡Y ustedes, basta ya! ¡al que vuelva a reírse, una noche de guardia extra!

Con lo que los soldados guardaron silencio... al menos aparentemente. Y, con las viseras del casco herméticamente cerradas y los micrófonos internos desactivados, al sargento no le

quedaba más remedio que creérselo.

Con ocasionales gritos de júbilo, los cinco niños jugaban encantados a nadar y hundirse en el estanque de pelotas, que debía de parecerles el paraíso. Y al estar cubierto con una cúpula audio-holográfica de transparencia unidireccional, desde fuera se les podía ver y escuchar a la perfección, pero ellos no podían ver ni oír nada de lo que sucedía afuera.

-Son espléndidos de veras. Homo Bellicus ha sido un éxito total. Lo felicitamos por su glorioso triunfo sobre la carne- dijo pomposamente uno de los Siete Consejeros, su rostro, cuerpo y voz irreconocibles gracias al Neutritraje.

La más reciente y utilísima incorporación al arsenal tecnológico de Reconstrucción difuminaba cara y silueta convirtiendo al que lo usaba en una sombra de imprecisos contornos aunque todavía más o menos antropomorfa. Por el estilo hacía también con los tonos de la voz, logrando así que algunos agentes pudieran tener lo que hasta entonces había sido solo un sueño: una vida privada fuera de la organización.

De momento los Neutritrajes eran tan caros que solo los jefes y los agentes de más confianza podían usarlo, pero se esperaba comenzar pronto su producción en gran escala.

-Hemos seguido muy de cerca todos sus progresos- intervino otro de los Siete, y tras dudar un instante, señaló explícitamente hacia el foso de pelotas donde jugaban absortos los cinco niños.

Uno de los pocos problemas del Neutritraje era que, a no ser que se tratase de un ademán muy evidente, los gestos que ejecutara el que lo usaba resultaban casi siempre atenuados y/o deformados hasta volverse irreconocibles -Nos satisfacen e interesan mucho sus ¿cómo los llamó? Forjados, pero esos otros dos...

-Algunos opinamos que ha desperdiciado valiosos recursos de Reconstrucción en un

proyecto personal... y para no lograr nada- intervino un tercer Consejero.

O Consejera, pues pese a todo el enmascaramiento del traje, lo grácil de su figura y agudo de su voz traicionaban inequívocamente su sexo. Tenía entonces que ser la turana Naya Svetskaya, única mujer de los Siete.

-Nada no- acotó rápido David Rabinoch –Pueden decirse muchas cosas sobre mi proyecto Homo Plus, salvo que no haya obtenido nada.

-Usted mismo admitió que no sabía a qué atenerse con esos dos... ejemplares- intervino nuevamente uno de los Consejeros que ya había hablado antes –Y comprenderá que, en nuestra posición, no podemos correr riesgos.

-¿No podemos... o no quieren?- puntualizó David, y luego bajando la voz, añadió: -Sé que me vigilan de cerca, no soy tan idiota. La mitad de mis supuestos técnicos de laboratorio no saben diferenciar un cromatógrafo de gases de un ansible. Homo Bellicus es un éxito innegable; los Forjados son exactamente lo que me pidieron: fuertes, rápidos, obedientes, sin lealtad hacia madre o padre, y conscientes de ello. Pero Saúl y Solomon...

-¿Saúl y Solomon?- lo interrumpió uno de los Siete que hasta entonces había guardado silencio -¿se atrevió a ponerles nombre? Los Forjados solo tienen números...

Aquel debía ser el tikalio UI-Medor, siempre tan puntilloso en cuestiones de procedimiento...

-Saúl y Solomon son más que cualquier Forjado- había un inconfundible entusiasmo en la voz del doctor Rabinoch al referirse a sus creaciones -¿qué querían, que les llamara simplemente Azul y Negro? No son tan fuertes como los otros, pero sí un poco más que cualquier humano común, con el que pueden confundirse, mientras que los otros no. Y sus reflejos sí que igualan los de los Forjados. Pero es sobre todo su inteligencia, su memoria y su creatividad lo que los hace superiores. Por eso llamé al proyecto que los generó Homo

Plus- miró de hito en hito a los líderes de Reconstrucción, sentados en semicírculo en lo alto del estrado que presidía la sala, flanqueados por varios centinelas con armadura de combate, amén de otros agentes envueltos en el anonimato de sus Neutritrajes –Me pidieron el soldado ideal, y se los di; pero quise ir todavía más lejos, hacer aún más: darles el ciudadano del mañana, el que disfrutará de la prosperidad del Dominio Humano y mantendrá los logros de Reconstrucción sin permitirse caer en la barbarie de un nuevo Ocaso. Un nuevo tipo de hombre, con discernimiento privilegiado, capaz de distinguir entre el bien y el mal por sí mismo, de no dejarse arrastrar por líderes demagógicos, de crear su propia senda cuando ninguna de las que se le ofrece lo satisfaga...

-Bella palabras- intervino impaciente la Consejera Naya –pero en nuestro poder obran informes de que al menos uno de sus pequeños superhombres tiene... ciertos problemas a la hora de socializar.

-La genética, dígame lo que se diga, no es una ciencia exacta- suspiró Rabinoch, aceptándolo tácitamente –Entran demasiados factores en juego, tantos que a veces hasta lo mejor concebido acaba sometiéndose a una ecuación caótica. No son perfectos, no. Ninguno de los dos, por cierto. Pero supongo que les habrán contado de Solomon. Sí, el chico muestra una casi incontrolable tendencia a ir siempre en contra de la autoridad. No es huraño ni dominante, solo... anárquico. No le interesa obtener la aprobación de sus superiores, ni de sus iguales. Sabe lo que quiere, y le importa poco que lo quieran o lo aprecien los demás si lo consigue. Es el más despierto de los dos, pero, con esa rebeldía, consideramos que difícilmente pueda alguna vez trabajar en equipo o integrarse a un colectivo... claro que quizás supere ese incómodo rasgo con los años, aún es pronto para decirlo.

- Dijo que ninguno de los dos era perfecto. ¿Y... Saúl? ¿se llama así, no?- inquirió otro de

los Consejeros que había callado hasta aquel instante -¿Cuál es su problema?

-No estamos seguros- confesó renuente el doctor David -De momento no se manifiesta de forma clara en su comportamiento, pero según algunas de las baterías de test psicométricos que le hemos aplicado, Saúl podría ser exactamente lo opuesto de Solomon... las relaciones sociales se le dan de maravilla, le encanta el reconocimiento social, la aprobación de la autoridad y ascender en cualquier escala de jerarquía... pero curiosamente, no ser el líder. Lo malo es que a menudo cuando un niño tan pequeño muestra ya esa tendencia claramente definida, es muy probable que se convierta en un trepador y un oportunista sin remedio cuando llegue a adulto...

-Perfecto, entonces. Nos quedaremos con él- habló entonces uno de los dos Consejeros que no habían pronunciado palabra, y aunque el Neutr traje impedía identificarlo con claridad, la clara deferencia con que lo miraron los demás, hizo a David suponer que se trataba del terrano John Carlos Jacobois, fundador de Reconstrucción y por eso mismo líder de facto del Consejo. -Y veremos cómo se comporta este Saúl a medida que va creciendo... Quizás tengamos a un futuro miembro del Consejo de los Siete entre las manos.

Los otros consejeros se removieron en sus asientos, incómodos. Era evidente que Jacobois planeaba mantenerse eternamente al frente de los Siete... era joven, y los nuevos tratamientos de regeneración celular, administrados desde edades tempranas ampliaban notablemente el plazo de vida de cualquiera. ¿Pensaría quizás en dirigir en el lejano futuro un Consejo Supremo formado por títeres complacientes, como podría ser ese tal Saúl? Peligroso, muy peligroso... algo habría que hacer al respecto en el futuro.

-Me alegro de que lo encuentren útil. Yo preferiría hacerle algunas pruebas más, pero si ustedes lo deciden así...- aceptó a regañadientes David, pero acto seguido inquirió, con una horrible sospecha germinando en su mente -¿Y Solomon? ¿qué pasará con él?

-Una manzana podrida puede echar a perder todo el barril- dictaminó nuevamente John Carlos Jacobois –Bien está pensar con cabeza propia, pero en Reconstrucción no podemos permitirnos anarquistas indisciplinados. Sería... inapropiado. Hay que deshacerse de él...

-Bien, podemos darlo en adopción o...- empezó a sugerir Ul-Medor.

Pero Jacobois fue tajante –Ni hablar. Si ese niño, con sus inmensas potencialidades genéticas, llegara a adulto, su tendencia natural de seguro lo llevaría a convertirse en un líder contrabandista, en un señor de la guerra o quién sabe qué otra terrible amenaza que luego nos costaría mucho neutralizar. No fui lo bastante claro: cuando dije “deshacernos”, debí decir “eliminar”. No se trata de pasar la papa caliente de la responsabilidad, sino de asumirla. Reconstrucción se encarga siempre de sus propios errores...

-¿Quieres decir... sacrificar?- la voz de la consejera Naya sonó espantada e indignada cuando se enfrentó a su líder–Pero... nosotros no matamos niños. Ni aunque sean ¿cómo lo llamaste? Inapropiados...

-No es solo un niño- insistió Jacobois –sino un experimento, y fallido. No podemos dejarlo vivir. Y, por otro lado, ninguna madre lo echará de menos... los úteros metálicos no lloran, por lo que sé. ¿Tenemos que llevarlo a votación, acaso, Naya?

Naya Svetskaya aún pareció querer añadir algo, pero luego negó, aunque casi imperceptiblemente. Jacobois solo la llamaba por su nombre cuando estaba a punto de perder la paciencia.

-Entonces estamos de acuerdo- dijo otro de los Consejeros –Y ¿quién se encargará de...?

-Lo haré yo mismo- se adelantó David -A fin de cuentas, eutanasia es una palabra muy similar a eugenesia ¿no? Y como si algo parecido a un padre o una madre ha tenido Solomon durante estos dos años soy yo, me parece justo que sea también yo quien me encargue de que se duerma, sin dolor... y para siempre- suspiró profundamente antes de

agregar –usará un veneno y un sedante, ni siquiera se enterará, claro, pero va a ser duro ¿saben? Aunque indisciplinado y rebelde, a veces sabe ser adorable... pero, en fin, todo sea por Reconstrucción, por la causa. ¿Puedo retirarme ya?

-Como desee, doctor- concedió Jacobois –Supongo que tiene mucho trabajo por hacer. Pero no olvide llevarse a sus... especímenes.

El genetista hebreo obedeció, atravesando la cúpula audio-holográfica y pescando uno a uno y sin contemplaciones a los niños del estanque de pelotas. Aunque no sin algunas protestas... especialmente del pequeño Solomon.

Apenas el bullicioso grupo hubo abandonado el Salón, fue nuevamente Jacobois quien dijo, con toda la tranquilidad del mundo:

- Ha aceptado demasiado fácilmente. Un doctor nunca se deshace así como así de sus experimentos, ni aunque sean fallidos. Y si le queda una mínima esperanza de que no lo sean, muchísimo menos. Vigílenlo más de cerca que nunca; podría estar tramando algo...

-Parece un niño completamente normal. Y bien sano.- observó Grigori Sussmann.

Su recia y barbuda faz se dulcificó de modo notable ante la vista del infante que dormía tranquilamente en su cuna antigrav, sujeta a la mesa del reservado en el segundo piso de la taberna *Almas de Metal*, la más grande y concurrida del astropuerto central de Nemedía –Si parece un angelito...

-A los dos años todos parecen ángeles... cuando duermen- comentó el doctor David Rabinoch, aunque irreconocible tras el enmascaramiento del Neutr traje que había “tomado prestado” por un rato –Deje que se despierte y ya verá qué clase de diablillo es.

-En fin, siempre me han gustado los muchachos inquietos- arguyó el capitán del crucero de carga ziingari *Dama de Pique*, acariciándose su protuberante barriga por debajo de su

curiosa chaqueta con galones, que tras generaciones de copias de copias había acabado por parecerse muy poco a la del uniforme original de las *Líneas de Carga Sussman*, la compañía a la que perteneciera su nave antes del Ocaso –Yo mismo lo fui bastante, de pequeño- entrecerró los ojos, soñador -Y es lindo... tiene algo, creo que mi Elizabeta se enamorará de él con solo verlo. ¿Por qué quiere Reconstrucción deshacerse de un chiquillo así?

-Sería complicado de explicar, y no tenemos mucho tiempo- desechó la pregunta Rabinoch, impaciente –digamos que lo consideran... inapropiado para sus fines. Entonces ¿lo quiere o no? Su aviso en la red del astropuerto decía que estaba interesado en adoptar...

-No sé...- el experto hombre del espacio miró en derredor, suspicaz: pese a la privacidad extra que les garantizaba la cúpula audio-holográfica del reservado, dentro de la ya caótica semipenumbra del populoso *Almas de Metal*, tenía la extraña sensación de que todos los miraban.

Quizás fuera porque al menos allí no se veía muy a menudo a todo un capitán ziingari conversando con un agente de Reconstrucción lo bastante importante como para ocultar su identidad tras uno de los nuevos Neutritrajes... y todavía mucho menos frecuente era que el agente llegara con un niño de dos años dormido en una cuna antigrav.

-Hay algo muy raro en todo esto- insistió el capitán de la *Dama de Pique*.

-Creí que lo raro era el fertilizante que hacía florecer las fascinantes vidas de ustedes los ziingari- ironizó David –Lo que los ponía por encima de la aburrida rutina de nosotros los simples planetarios.

-No se burle. Hay otras naves ziingari en este astropuerto, ahora mismo- tozudo y desconfiado, el hombre del espacio intentó fijar la vista en la imprecisa sombra que era el agente de Reconstrucción, pero al cabo de pocos segundos los ojos ya le dolían, así que

apartó la vista y contó con los dedos: – Está la fragata *Cateto Prohibido*, el portacontenedores *Venganza de Anubis* y la nave exploradora *Que no me cojan vivo...* y si es urgencia por deshacerse del chico lo que tiene, sabrá que todas despegaremos pronto. A los ziingari nos gusta viajar en buena compañía... a veces. Además, todos los capitanes aceptarían encantados a un chiquillo como este. Nunca somos suficientes, a bordo de las naves. ¿Por qué me eligió a mí, entonces? ¿No creerá todas esas historias de que robamos niños de un planeta para venderlos en otro como esclavos, por casualidad?

-No todas son historias. La línea divisoria entre comercio y piratería ha sido siempre tenue. Algunos de los suyos han hecho cosas terribles, en el pasado... pero me consta que nunca su gente ni su nave- reconoció Rabinoch –Me he informado bien. Fue así como supe que su esposa ¿Elizabeta, no? no puede concebir, y que por eso busca usted un heredero...

-Como la técnica de la fecundación in vitro fue olvidada durante los Siglos Tristes y se recuperó hace muy poco tiempo, todavía resulta pasmosamente cara, y más si el cliente es uno de nosotros. Además, ninguna autoridad planetaria nos confiaría a un niño en adopción- admitió tristemente Grigori, mesándose su poblada barba –Pero el caso es que si no presento a un sucesor en el próximo cónclave de capitanes, podría perder la jefatura de mi propia nave. Necesito un hijo, sí. De mi sangre o adoptado, da igual, pero mío.

-Ya ve: yo lo ayudo y usted me ayuda- concluyó orondo Rabinoch –Nuestros intereses coinciden plenamente. Negocio redondo.

-No tanto. Me gustan las cosas claras- terció aún Sussmann –Yo tendré un heredero, sí, y me gusta la idea, pero ¿qué gana usted?

-Digamos que... me interesa especialmente que este niño viva- admitió el doctor David, fingiendo hacerlo de mala gana –Y también saber dónde está. Digamos que, probablemente, en los próximos años, alguna que otra vez me ponga en contacto con usted

para ver qué... progresos ha realizado- y alzó la mano para contener cualquier posible réplica del ziingari –pero no tema; nunca se lo reclamaré. Si se lo lleva hoy, será para siempre su hijo ante todos los hombres y nadie menos que yo intentará impugnar esa paternidad.

-Hum... no sé- receló todavía el capitán Grigori, mesándose una vez más la barba, que como muchos líderes de nave ziingari, llevaba larga y bien recortada como emblema de autoridad -¿qué edad me dijo que tenía? ¿dos años? ¿recordará algo de esto? ¿de lo que vivió con usted? ¿me acosará a preguntas? Los niños son muy curiosos...

-Ahora está dormido... solo le di un sedante ligero, no tema. Pero ya le dije que no es un niño como los demás; tampoco lo es su memoria. Recordará todo lo que le ha sucedido desde su primera semana de vida... aunque no entienda muchas cosas- asintió David, aliviado ante la ya evidente aceptación del trato por parte de su interlocutor – Por eso será mejor que usted sepa lo menos posible. Así no tendrá que mentirle. Dígale solo la verdad; que un día un agente de Reconstrucción enmascarado tras un Neutr traje se lo entregó en un reservado del bar *Almas de Metal* del planeta Nemedi, y le pidió que se lo llevara para salvarlo. Con el tiempo, él atará cabos y sabrá. Eso espero, al menos. No es ni mucho menos importante que usted sepa.

-Bueno, quizás se vuelva importante cuando este niño crezca para convertirse en el próximo capitán de la *Dama de Pique*- dijo muy serio Grigori Sussmann, y tendió su enorme mano para liberar la cuna flotante de su sujeción a la mesa del reservado. Solo entonces preguntó:

-¿Le ha dado ya algún nombre o puedo llamarlo como yo quiera?

-Se llama Solomon- dijo escueto David Rabinoch.

-Vaya- sonrió el capitán ziingari –Solomon Sussmann. Me gusta. –e hizo ademán de retirarse con el niño dormido.

-Espere, Grigori- el genetista enmascarado tras el Neutr traje llamó por primera vez a su interlocutor por su nombre –Falta esto- y tendió su fina mano de imprecisas sombras para dejar caer en la manaza del otro una cadena con un colgante.

Grigori Sussmann observó curioso el pendiente: una pequeña estrella de plata, de seis puntas, pero curiosamente irregular y como tejida en una fina filigrana de celdillas.

-Una estrella de David... ¿Hebreo?- preguntó, con una luz de entendimiento en sus estrechas pupilas azuladas.

-Samaritano, sí- confesó David Rabinoch –pero esta no es una estrella de David común. En ella está encriptado el secreto del origen de Solomon... el hijo de David. Procure que siempre la lleve encima. Quizás algún día él sea capaz de descifrarla y seguir la pista hasta su mismo principio...

-Así lo haré- prometió sinceramente el ziingari, deslizando con inesperada suavidad la joya en torno al cuello del niño dormido –Puede contar con eso... doctor Rabinoch.

David no se sorprendió al ser identificado. Por el contrario, desactivó un instante su Neutr traje para confirmárselo al capitán de la *Dama de Pique* y luego, conectándolo nuevamente, explicó: -Mucho se comenta sobre lo bien informados que están los ziingari, de lo espesas que son las redes de sus espías y simpatizantes en cada planeta. Si después de revelarles mi planeta de origen y mostrarles ese signo aún no era capaz de saber quién era, habría valido la pena reconsiderar si le entregaba o no al pequeño Solomon. Usted es una buena persona, capitán... pero también un hombre astuto. Por suerte; me temo que necesitará más la segunda cualidad que la primera para poder cuidar a su hijo adoptivo hasta que llegue a adulto.

-Conque un chico especial, ¿eh? Hijo de David. Ingeniería genética, supongo, si está implicado usted. Significa que Reconstrucción me seguirá de cerca el rastro ¿no?- Grigori

Sussmann se encogió de hombros –pues que lo intenten. El cosmos es nuestro, y he olvidado la localización de más escondrijos en la galaxia de los que ellos nunca conocerán. Además, aquí entre nosotros, doctor- se inclinó, confidencial -ya su gente no nos caen tan bien como antes a los ziiingari. Mucho que los ayudamos en sus inicios, sí, porque pensamos que sería bueno para los hombres... pero ahora, ya no estamos tan seguros de haber hecho bien. Han concentrado demasiado poder en sus manos, y ya sabe lo que se dice sobre el poder absoluto... que corrompe absolutamente. Muchos de nosotros pensamos que hemos creado un monstruo...

-Muchos de nosotros también- reconoció suspirando el doctor Rabinoch, y luego cambiando de tono, apremió: -Vamos, Grigori... se hace tarde. Despisté a mis vigilantes un rato, pero después de todo no soy un ziiingari ni este palneta es el hiperespacio. No creo que tarden mucho en localizarme de nuevo. Y me gustaría que cuando lo hicieran ya usted y Solomon estuviesen lejos.

-Partiremos lo antes posible. Digamos en diez minutos. Todas las naves- sonrió el capitán ziiingari, y tras breve vacilación, tendió su mano al científico, gruñendo –Buena suerte, doctor... y espero que tocar ese traje de sombras suyo no me electrocute...

Quince minutos más tarde, un aparatoso operativo cerraba todas las salidas del *Almas de Metal*. En menos de treinta segundos, con las armas listas, enfundados en armaduras de combate completas, los hombres de Reconstrucción se abrieron paso entre los atónitos parroquianos hasta rodear por completo el reservado en el que el doctor David Rabinoch, impertérrito, bebía un té con ron al doble amparo de la cúpula audio-holográfica y de su Neutritraje todavía activado.

-¿Dónde está?- inquirió un agente también en Neutritraje que se deslizó hacia el interior del

reservado por entre los corpachones blindados de los soldados de asalto.

-En el espacio. Y hace al menos cinco minutos- respondió el genetista, sin alterarse, pero desconectando su propio y ya inútil Neutritraje. –Me sorprende lo poco que tardaron en encontrarme ¿saben?

-Muy gracioso... ¿cambiaste los identificadores de los Neutritrajes, no?- con un ademán, el agente recién llegado ordenó a la tropa que bajara sus rifles más ser, aunque siguieron apuntando a los clientes del bar, que apenas si se atrevían a respirar, ni entendían lo que estaba ocurriendo.

-Un pequeño truco, sí- admitió David con una sonrisa casi traviesa –Sabía que hoy a esta hora estarías al mando tú, Ul-Medor... y con tu pasión por el orden y por seguir los procedimientos, supuse que así demorarías un poco más en llegar hasta mí. En fin, veo que te subestimé... solo una hora y me encontraste. ¿Ya podemos regresar a los laboratorios?

-¿Regresar?- incluso deformada por el Neutritraje, la voz del consejero sonó sarcástica - ¿quién te dijo que regresarás?

-Soy demasiado valioso para que se puedan permitirse el lujo de deshacerse de mí- opinó muy tranquilo el genetista –el Proyecto Homo Bellicus ya has dado resultados increíbles... y solo está en sus comienzos. Y en cuanto al Homo Plus...

-El proyecto Homo Plus ha sido cancelado- informó vengativo el tikalio –el Consejo de los Siete se dará por satisfecho con los logros que ha arrojado hasta ahora el Homo Bellicus. En lo adelante, doctor David Rabinoch, sus servicios no serán requeridos... el resto de su equipo basta para emprender la fabricación en serie de Forjados, así que...

-Así que también me van a eliminar- la voz de David tembló, pero por lo demás mantuvo la calma –qué bien. ¿Lo harán aquí, delante de todos esos testigos, o me llevarán a donde nadie pueda saber lo que hace Reconstrucción con su gente?

-Nos interesa que todos vean lo que hacemos con nuestros traidores- recalcó Ul-Medor -así que será aquí y ahora... pero no seremos nosotros. Ni se irá solo. ¡Tráiganlos!- ordenó, casi ladrando, y hubo un frenético movimiento de armaduras de combate.

Menos de un minuto más tarde, dos corpulentos soldados de asalto regresaron y atravesaron la cúpula audio-holográfica sosteniendo fácilmente por las axilas el cuerpo desmadejado de un hombre de tan recia contextura como ellos, solo que desarmado y con un curioso casquete en la cabeza.

Era el sargento Aaron Goldberg, natural de Samaria. O lo que quedaba de él.

Tanto su rostro como el resto de su poderoso cuerpo se estremecían en incontrolados espasmos de dolor. Se mordía los labios para no gritar. Aún así logró sacar fuerzas de su sufrimiento para mirar frente a frente a su amigo, compatriota y compañero de religión y murmurar, con contrito aire de excusa: -Lo siento... David... quise... darte tiempo... pero ya sabes... que nadie resiste mucho... a un cepo... solo neural... solo resistí... media hora... ¿se lo... llevaron?

-Sí, amigo... y vivirá, no te preocupes, tu dolor no ha sido en vano- respondió David, conmovido ante el espectáculo de aquel poderoso veterano reducido a una piltrafa estremecida por obra y desgracia de otro de los más recientes “adelantos” tecnológicos de Reconstrucción.

El cepo neural era la última palabra en interrogatorios por dolor. No dañaba al cuerpo, sino que afectaba directamente a las terminales nerviosas del “paciente”, que se retorció de puro dolor sin tener siquiera la esperanza de morir a consecuencia de las heridas de la tortura, pues no había heridas... ni propiamente hablando, tampoco tortura, porque todo estaba en la mente.

-Ya veo cómo llegaron tan aprisa. El no tiene la culpa de nada... solo de ser demasiado

buen amigo. El Neutr traje lo robé yo solo. Por favor, suéltelo- rogó Rabinoch, pálido – Suéltelo y haré lo que quieran, les diré incluso en qué nave está el niño...

Prepotente Ul-Medor se adelantó y abofeteó casi cariñosamente el rostro del genetista –Esta no es para que hables, sino para que te calles, doctorcito. ¿O es que no comprendes que ya no te necesitamos para nada? ¡Llévense al sargento! Ya nos ocuparemos luego de él- siseó casi como una serpiente, mientras dos soldados se alejaban sosteniendo a su antiguo suboficial –cuatro naves ziingari abandonaron este astropuerto hace cinco minutos... tu pequeño rebelde solo pude estar en una de ellas. No será difícil encontrarlo, y encargarnos de su eliminación... definitiva. Jacobois se ha obsesionado con eso, y no conviene llevarle la contraria a Jacobois, ya sabes. Pero por ahora, nos conformaremos con sacarte a ti de circulación...- y manipuló algo en la cintura de su Neutr traje.

Al instante siguiente el doctor David Rabinoch comprobó con sorpresa que su propio Neutr traje había vuelto a activarse... por decirlo de algún modo, porque ahora, además de envolverlo en una silueta de sombra imprecisa, le impedía tanto el movimiento como el habla.

-Veo que esta función de los trajes ni siquiera tú la conocías- se burló Ul-Medor –Ah, ustedes los científicos, siempre tan petulantes, siempre creyendo que lo saben todo. Una buena regla de seguridad es que toda arma tenga siempre un control oculto que solo los jefes sepan usar. Y ya sabes lo meticuloso que soy con las reglas... Creo que encontrarás una cierta justicia poética en tu ejecución. ¡Traigan a Saúl!- ordenó tan enérgicamente como antes.

Ahora los corpachones de los soldados de asalto se apartaron para permitir el paso a otra figura que, incluso envuelta en la sombra imprecisa de su Neutr traje, no podía ser sino la de la consejera Naya Svetskaya.

Pero no venía sola. De su mano, obediente, llegaba el pequeño Saúl, aún vestido con su overol azul, y mirándolo todo con ojos muy abiertos de puro asombro.

La Consejera se arrodilló junto al infante, y señalando al inmóvil conglomerado de sombras que era David Rabinovich, le dijo: -Saúl, sé que estás asustado, y quieres ver a Papá David, pero antes queremos que hagas algo por nosotros ¿entiendes? Toma este máser y dispáralo contra aquel hombre. Es malo y debe morir- y con estas palabras extrajo de una funda en su cintura una pistola de microondas como las que usaban los oficiales y se la entregó.

-¿Y si lo hago me llevarán con papá David?- preguntó esperanzado el niño -¿Y me darán el hipercubo nuevo que me enseñaste?

-De acuerdo- prometió Naya -Ese y todos los demás que te gusten.

El niño tomó la pistola máser, que parecía a la vez inocente y enorme entre sus manitas, y apuntó cuidadoso al impotente David Rabinoch. Luego la bajó, pensativo:

-Pero también quiero que me dejen jugar con él cada vez que yo lo pida- negoció todavía, pícaro -aunque papá David diga que tengo que hacer otra cosa...

-Muy bien, pequeño chantajista- dijo la Consejera, aunque con la voz temblorosa - Entonces, tenemos un trato. Y ahora, cumple tu parte...

Con la misma precisa elegancia con la que lo hacía todo, y casi con alegría, Saúl tiró del gatillo del máser...

Fue a raíz de lo que luego se conocería como Incidente Nemedio que las ya tensas relaciones entre Reconstrucción y sus antes más seguros aliados, los ziingari, se estropearon definitivamente. Y aunque nunca se hicieron públicas las verdaderas causas del asunto, lo que sí quedó claro es que había algo o alguien que los agentes querían y que estaba en poder de los gitanos del cosmos... y que además estos no tenían la menor

intención de entregárselo o devolvérselo.

A partir de entonces los agentes pusieron buen cuidado de revisar hasta el último tornillo de cada nave independiente y someter a pruebas de ADN a toda su tripulación... cuando lograban dar con una, porque muy pronto corrió la voz de su prepotente actitud y los gitanos del espacio empezaron a huir de tales inspecciones con la escurridiza habilidad que los había caracterizado desde el Ocaso.

Pero si durante los largos Siglos Tristes solo habían tenido que escapar de las limitadas flotas de este o aquel señor de la guerra o liga planetaria local, ahora se enfrentaban a una institución organizada y con grandes recursos. Enorme era ya la Armada de Reconstrucción, magnífica su red de comunicaciones y bases de reabastecimiento. No había forma de escapar por mucho tiempo.

Una a una, mes tras mes, las naves zingario fueron cayendo. Algunas fueron decomisadas al amarar en el astropuerto de un mundo que creían neutral... pero cuyos gobernantes temblaban de pánico ante la sola idea de indisponerse con la poderosa Reconstrucción. Muchas más, perseguidas salto a salto por las naves de patrulla a través del hiperespacio, terminaron por agotar el combustible y tuvieron que optar por luchar... o rendirse y resignarse a ser abordadas.

Había una cierta diferencia entre ambas opciones, claro: la primera significaba casi siempre que una nave zingari, por bien que se batiera, resultaba al fin superada por el número y armamento de sus perseguidores y en consecuencia total o parcialmente destruida... lo mismo que su tripulación.

La segunda, menos cruenta, se resolvía con algunas decenas de prisioneros que iban a parar a las cárceles del mundo más cercano, acusados de “comercio ilegal”, “tráfico ilícito” o algún cargo por el estilo... y con otra nave con capacidad de hipertránsito que

iba a engrosar la Armada de sus captores.

Reconstrucción, no obstante, pagó un elevado precio de impopularidad por aquella cruzada extremista contra quienes, por siglos, habían sido la única esperanza de comunicación entre los miles de planetas del antiguo Dominio Humano. En algunos mundos hubo motines y revueltas contra “los nuevos tiranos” pero casi todas fueron velozmente sofocadas por las flamantes y feroces tropas de disciplinados gigantes clónicos, de los que Reconstrucción parecía poder disponer en número ilimitado: los Forjados. Y en los pocos planetas donde el resentimiento de sus moradores amenazó con degenerar en auténticas guerras civiles, bastó con la amenaza de ser dejados a su suerte para calmar a las turbas enardecidas... o más bien a los ambiciosos líderes locales que las empujaban y manipulaban.

Otras naves ziiingari desaparecieron para siempre.

No hay modo de saber si se perdieron en el hiperespacio, ya fuese por el fallo definitivo de sus vetustos motores de tránsito fabricados antes del Ocaso y mil veces remendados, por deficiencias en los igualmente vetustos mapas informáticos de a bordo... si simplemente, sus tercios capitanes, sabiendo que no resistirían mucho tiempo en un combate contra sus implacables enemigos, prefirieron llevarse sus naves a donde estos ni siquiera pudieran aprovecharlas como chatarra... o si, comprendiendo que los días de libre vagabundeo por la galaxia habían terminado para siempre, sus tripulaciones en pleno eligieron el mismo camino por el que siglos antes habían optado tantos de sus camaradas: descender en un mundo alejado de toda ruta y más o menos apropiado para los hombres, y fundar allí una colonia.

Pero ni siquiera eso funcionó, porque, ya fuesen las naves de combate de la Armada de Reconstrucción, en su incansable rastreo del cosmos, ya fuesen las mucho más ligeras pero

veloces naves de los Exploradores, recientemente creados para concluir la asimilación de la galaxia, el caso es que unos u otros tardaron solo unos pocos años en encontrarlos a todos. Tanto a los asentamientos más antiguos, que databan de los mismos días del Ocaso y se habían torcido en curiosísimas sociedades, como a las colonias más recientes de ziingari fugitivos recalcitrantes.

Fue, en efecto, una nave de los Exploradores la que, doce años después del Incidente Nemedio, llegó casi por error al olvidado planeta Canes, y su tripulación la que descubrió a sus singulares moradores, para rescatar a Solomon Sussman... o más bien ser rescatados por él, según otras versiones.

Pero esa es otra historia.

YOSS

La Habana, Cuba (1969). Licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad de La Habana en 1991. Comenzó a escribir a los quince años, con su incorporación a los Talleres Literarios. Entre otros a obtenido el Premio de cuento de ciencia ficción de la revista cubana Juventud Técnica, 1988, el Premio David de ciencia ficción 1988 con el libro de cuentos Timshel (publicado por Editorial UNION, 1989), el Premio Plaza de ciencia ficción, 1990, el Premio Luis Rogelio Noguerras de ciencia-ficción 1998, con Los pecios y los naufragos, (publicado por Ediciones Extramuros, 2000), el Premio Calendario de la AHS en ciencia ficción 2004 por el libro de cuentos Precio justo (publicado por la Editorial

Abril, 2006). Es miembro de la UNEAC desde 1994.

Correo electrónico (E-mail):: yoss00@hotmail.com

Al INDICE

6. ENTREVISTA: El retorno de Sergio. Muñecas rusas

Entrevista con Sergio Gaut vel Hartman

Tomado de Revista sinergia No 13

http://www.nuevasinergia.com.ar/numero_13/_entrevistas_stocco.htm

STOCCO: Querido Sergio, bienvenido de nuevo a The Uchronicles. La última vez que leímos tus opiniones hiciste referencia a la situación de la narrativa fantástica y de género en Argentina y Sudamérica. Pero ahora algo está cambiando: en primer lugar la antología Schegge di Futuro, que se propone introducir en Italia el mundo fantástico latinoamericano. ¿Por qué has aceptado participar?

GvH: Yo apuesto fuerte a todas las formas de difusión de la literatura fantástica. Una antología de escritores latinoamericanos en Italia, del mismo modo que un puñado de escritores italianos en Axxón, conformando una suerte de antología dinámica, son jugadas positivas en ese sentido. Antes de poder demostrar el valor intrínseco de un grupo de autores y de obras es necesario algo tan simple como ponerlas al alcance de los lectores. Desde esta perspectiva, el paso más importante es haber empezado. Muy pocos conocían a Malaguti, Aldani, Bellomi o Turconi entre nuestros lectores, y se han sorprendido gratamente, han descubierto que los temas y enfoques son mucho más afines a los nuestros de lo que suponían. Tal vez ocurra algo parecido con Schegge di Futuro.

STOCCO: Schegge es un e-book. ¿Cómo evalúas esta opción? ¿Dirección obligada o un experimento de cara a un público potencialmente mayor que aquel que frecuenta las estanterías de la librería tradicional?

GvH: Creo que en un principio el mejor recurso es poner el material al alcance de la mayor cantidad de lectores que sea posible. Hay que instalar los nombres de los autores antes que ninguna otra cosa. Un comprador potencial de un libro dudará ante una antología

de escritores desconocidos y jamás dará el primer paso. En cambio, de esta manera, será posible ir avanzando y mañana, cuando se publique una novela o una colección de cuentos de un autor al que ya leíste, no dudarás tanto si se trata de comprar el libro.

STOCCO: En tanto uno de los “productores” de Axxón y entre ellos el que ha permanecido más tiempo activo en Sudamérica en el género fantástico, ¿cómo juzgas la elección propuesta por el compilador de la antología, Gianluca Turconi?

GvH: Ante todo es una buena elección porque traza un mapa del fantástico en Latinoamérica y pone sobre el escenario a escritores de siete países distintos. Muchos de ellos son muy jóvenes y tienen un brillante porvenir por delante. Todos son muy activos y trabajadores y por sobre todo inquietos y originales. Los lectores podrán notar que la búsqueda de nuevos esquemas y enfoques para los temas clásicos está por delante de cualquier otro asunto. Y lo más interesante: casi todos ellos tienen menos de 40 años, algunos poco más de 30. El único viejo que desentona soy yo...

STOCCO: ¿Cuáles son los autores más insólitos en la selección que se propuso para Schegge?

GvH: Es muy difícil tipificarlos en dos palabras. Si debo elegir a los más “insólitos” me inclino por Yoss y Dobrinin. Saavedra, De Bella y De Abreu toman temas clásicos y los “trabajan” reflexivamente, acompañando la evolución de la trama con apuntes ricos, construyendo personajes bien definidos, “visibles”. Ferreras y Novoa Castillo tienen una percepción especial de lo cotidiano y saben “torcer” la realidad como un trapo y sacar líquido de lo que parecía seco. Zárate es todo un profesional, a pesar de que es muy joven, muy ecléctico y capaz de los registros más variados...

STOCCO: Si tuvieses que describir tu cuento “Muñecas rusas” en pocas palabras, ¿qué tipo de interpretación le sugerirías al lector italiano?

GvH: Será mejor que lo lean. Pero una simplificación rápida dirá que es uno de mis relatos “dickianos”. La realidad no es lo que parece ser y en los pliegues de lo aparente se ocultan muchas sorpresas. Incluso se ocultan sorpresas en las sorpresas. A eso alude el título.

STOCCO: ¿Cuáles son tus fuentes de inspiración? Aparte de la mención a Philip K. Dick, se advierten referencias a la literatura externa al género. Te lo he ya preguntado antes, ¿estás seguro de que Borges no tiene nada que ver?

GvH: He sido y soy lector de Dick. Ni siquiera siento pudor al meterme en sus universos, que son realidades alternativas que ni siquiera él exploró más que mínimamente. En cambio nunca he sido un lector atento de Borges y en todo caso sí un lector desprolijo. Mi principal fuente de inspiración son los viajeros de los siglos XV y XVI, que se internaban en el océano sin mapas, confiando en una suerte de intuición ciega. Me gusta inventar el territorio y luego cartografiarlo, si viene al caso. Por otra parte, todo lo que he vivido, que no es poco, me sirve como punto de referencia. A falta de algo mejor, la experiencia. Confío que siempre queda algo en un repliegue de la memoria que, llegado el caso, puede ser utilizado como materia prima.

STOCCO: ¿Qué asunto en particular has querido expresar a través del universo creado para “Muñecas rusas”?

GvH: Tal vez remarcar, por si hiciera falta, que no existen verdades sólidas como rocas, que todo puede ser diferente de lo que uno se imagina, que de lo único que se puede estar seguro es que nada conserva su forma para siempre. Vivimos al borde del abismo y ni siquiera sabemos qué es exactamente un abismo. Y se puede vivir con eso como se vive sabiendo que uno se va a morir.

STOCCO: Schegge mira al público italiano: ¿cuánto se parecen y en qué se diferencian los lectores de nuestros respectivos países en lo que se refiera a ciencia ficción y fantástico?

GvH: Si me guío por lo que leo de uno y otro lado del Atlántico, las similitudes entre lo que se escribe en Italia y, por lo menos, en Argentina, son mayores que las diferencias. Hay una preocupación análoga por los temas sociales y una audacia política que nos hermana. Cuando leo a Aldani, a Turconi, a Gallo, a Ricciardiello (o por lo menos lo que he leído de ellos) me permito pensar: “esto lo podría haber escrito un argentino”. Y Carletti, Gardini, Castrilli podrían fácilmente pasar por italianos, ¿verdad? Quiero decir, no sólo por los apellidos... Tal vez esto mismo sea aplicable a toda la literatura

latinoamericana, aunque no quiero que se pierdan los matices individuales por hacer una simplificación. Lo que sí se puede generalizar es que, a pesar de que Italia está en Europa y forma parte del Primer Mundo, los escritores italianos parecen reaccionar de un modo semejante a nosotros en lo que se refiere a la forma en que afectan a los seres humanos los grandes cambios que estamos viviendo en nuestros días.

STOCCO: ¿Qué estás preparando para los próximos meses?

GvH: En lo personal, estoy terminando un libro de difusión histórica, un trabajo profesional. Escribo una novela corta que presentaré en el próximo UPC —el año pasado quedé finalista y la novela se publicará en España en abril— y tengo tres cuentos en marcha... En Axxón habrá muchas novedades. Cuentos de escritores muy conocidos, nuevas voces de gran nivel, entrevistas, ensayos. Imposible hacer una síntesis. Lo único seguro es que sigo apostando a la diversidad. Hace un momento respondí a un mensaje de una escritora de Letonia. Espera respuesta un escritor de la India. Hemos “descubierto” media docena de escritores anglosajones que nadie conoce porque jamás se los tradujo. Esto no se detiene...

AL INDICE

7. ¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración
escríbenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

espiral@centro-onelio.cult.cu

aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada.
Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas
que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.

Para obtener números atrasados envíanos un correo en
blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase en el asunto "Numeros anteriores" y el
número del correo atrasado que desees entre paréntesis a
continuación. Si los quieres todos escribir a continuación
"todos".

Ejemplos: Con el asunto "Numeros anteriores (2)(5)(20)"
obtendrías los números 2, 5 y 20 del Disparo en Red. Con el
asunto "Numeros anteriores todos" tendrías todos los
números del Disparo en Red existentes.

Al INDICE